

De la ideología al pragmatismo

Ensayo sobre las trayectorias ideológicas de ARENA y el FMLN*

*Luis Armando González***

Resumen

El objetivo de este trabajo es identificar los cambios ideológicos por los que han atravesado los partidos políticos Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), a lo largo de su trayectoria, en la historia política de El Salvador. Las preguntas que orientan el ensayo son las siguientes: ¿ha cambiado la identidad ideológica de estos partidos en la postguerra? Si ha cambiado, ¿en qué sentido? ¿Cuáles son sus consecuencias? ¿Cuál es la identidad ideológica de sus orígenes y cuáles son las señales de “distanciamiento” entre esos supuestos ideológicos y el ejercicio político de la postguerra? Una de las hipótesis es que ambos partidos han atravesado, en la década de los años noventa, por cambios, los cuales se han traducido en una especie de “ablandamiento” ideológico, lo cual ha abierto las puertas a un ejercicio político más pragmático y centrado en objetivos de corto plazo.

* El autor agradece a Nadire Durán, alumna egresada de la primera promoción de la Maestría en Ciencia Política de la UCA, con quien discutió, en varias ocasiones, los tópicos más importantes de este ensayo. También agradece a Roody Réserve, graduado de la misma maestría, por sus observaciones a la primera versión del documento.

** Director del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI) de la UCA.

1. Introducción

El objetivo de este trabajo es identificar los cambios ideológicos de los partidos políticos Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), a lo largo de su trayectoria histórica. Estos partidos han sido seleccionados no sólo por su importancia en el sistema político nacional actual, sino también por su peso en la historia política reciente del país. ARENA fue fundado a principios de los años ochenta y el FMLN, aunque nacido como ejército guerrillero, en octubre de 1980, se constituyó en partido político después de enero de 1992. El peso de ambos, en la vida política salvadoreña, en la última década, está fuera de discusión: ARENA lleva tres períodos en el ejecutivo, mientras que el FMLN se ha convertido, con los resultados de las elecciones legislativas y municipales de 2003, en el partido con más escaños en la Asamblea Legislativa.

A lo largo de sus respectivas trayectorias institucionales, las identidades ideológicas de estos dos partidos han pasado por una serie de cambios. Se trata, pues, de explorar esos cambios, su alcance, su profundidad y sus consecuencias: ¿ha cambiado la identidad ideológica de estos partidos en la postguerra? Si ha cambiado, ¿en qué sentido? ¿En qué han consistido esos cambios? ¿Cuáles son sus consecuencias? ¿Cuál es la identidad ideológica de sus orígenes y cuáles son las señales de “distanciamiento” de esos supuestos ideológicos de origen en la postguerra?

Una respuesta más o menos razonable a estas interrogantes puede ayudar a comprender no sólo la naturaleza de estos, sino también el alcance de sus compromisos de mediano y largo plazo. El contraste entre el discurso ideológico fundacional y el discurso ideológico de la postguerra permite determinar sus rupturas y continuidades ideológicas, en los dos grandes períodos de la historia política contemporánea de El Salvador: antes y después de 1992. El corte temporal no es gratuito: la firma de la paz no sólo hizo posible que el FMLN se convirtiera en un partido político, con los cambios obligados que ello supuso en sus opciones ideológicas y su estructura interna, sino que forzó a los otros partidos a aceptarlo como un rival, protegido por la ley, al cual se le abrían las puertas para competir electoralmente por una cuota de poder político.

El otro eje del ensayo es el contraste entre el discurso ideológico y la práctica política, en las

dos etapas de la trayectoria de ARENA y del FMLN. Aunque en el siguiente apartado se abordará con más detalle el problema teórico de las relaciones entre ideología y política, es oportuno señalar aquí que las ideologías políticas son, además, marcos simbólicos y conceptuales (explicaciones de lo que es la sociedad y el poder), esquemas de orientación práctica: una ideología política declara qué son la sociedad y el poder, *cómo hacer* para transformar esa sociedad y para conquistar y conservar el poder. Una ideología política identifica, a quien la asume en su discurso y en su práctica, con un proyecto político particular.

En los partidos, una ideología sólida y bien definida marca con claridad las pautas de comportamiento de sus miembros, de modo que será relativamente fácil determinar su “infidelidad” a sus preceptos doctrinarios básicos. Una identidad ideológica blanda es poco útil para orientar los comportamientos de los miembros de un partido y también para determinar su “fidelidad” o “infidelidad” al proyecto político al cual se adscriben. De aquí que sea de gran utilidad metodológica el contraste entre el discurso ideológico y la práctica política. Si esta apreciación inicial es cierta, cuando las identidades ideológicas de ARENA y el FMLN eran más firmes, los comportamientos de sus miembros tendrían que ser más coherentes con el discurso ideológico asumido; en cambio, si el discurso ideológico se “difumina”, el comportamiento será más flexible, es decir, será más pragmático.

2. Los partidos políticos y las ideologías

El marco global de referencia es el problema más general de las relaciones entre los partidos políticos y la ideología. Tradicionalmente, los partidos políticos se han caracterizado por poseer una *identidad ideológica* firme y bien definida. Tanto en Europa como en América Latina han existido unos partidos más ideológicos que otros, pero en ningún caso, la ideología ha sido algo accidental, sino sustancial a su quehacer, tanto hacia adentro —como vehículo de cohesión entre sus miembros— como hacia fuera —como eje de demarcación, respecto a otros proyectos políticos e ideológicos.

Ignacio Martín-Baró sostuvo, en su oportunidad —desde la tesis marxista sobre la ideología, pero ampliada—, que las acciones humanas son tales en tanto que son ideológicas. “La ideología no es algo añadido a la acción (individual o grupal). La ideología es el elemento esencial de la acción

humana, ya que la acción se constituye por referencia a una realidad significada y ese significado está dado por unos intereses sociales determinados. La ideología puede ser así vista desde la totalidad de intereses sociales que la generan, pero también en cuanto dota de sentido a la acción personal y, por consiguiente, en cuanto esquemas cognoscitivos y valorativos de las personas mismas¹. La ideología, en este sentido, es más que “falsa conciencia” y “visión de mundo”, como pensaban Marx y Gramsci: es esquema valorativo y cognoscitivo de los individuos. Como tal, cumple varias funciones, no necesariamente coherentes entre sí: “ofrecer una interpretación de la realidad, suministrar esquemas prácticos de acción, justificar el orden social existente, legitimar ese orden como válido para todos, es decir, dar categoría natural a lo que es simplemente histórico, ejercer en la práctica la relación de dominio existente y reproducir el sistema social establecido”². A estas funciones se puede añadir esta otra: la de proponer modelos sociales, económicos y políticos alternativos, así como el diseño de los mecanismos adecuados para hacerlos realidad.

Por tanto —y en la línea sugerida por Martín-Baró—, la ideología puede tener y tiene una dimensión política bien precisa, aunque no se agota en ella, pues junto a la misma también están las dimensiones de carácter simbólico, valorativo y cognoscitivo. Aquí interesa destacar la dimensión política de la ideología, en especial, cuando esa dimensión cobra el carácter de una ideología política, es decir, de visión global —sistemática y sustentada doctrinariamente— de lo que es el poder político, su conquista y conservación.

Hay dos acepciones básicas de la ideología la expresión. La primera es la ideología como *visión deformada* de la realidad, que sirve a los intereses de los grupos de poder económico y político, es decir, como “falsa conciencia”. Por lo tanto el conocimiento científico, o sea, el conocimiento que quiere explicar cómo funciona la realidad humana y natural, es lo opuesto a la ideología así entendida. La segunda acepción es la ideología como *visión global* de la realidad, a partir de la cual los individuos orientan su vida, le dan sentido y se explican a sí mismos asuntos vitales, relativos a dónde vengo, quién soy, la muerte, el futuro, etc.

Es decir, la ideología es, entonces, una “visión de mundo” o una cosmovisión, que permite a los seres humanos dar sentido a su vida y orientar sus prácticas cotidianas.

Entre otras acepciones, la política hace referencia al *ejercicio efectivo* del poder estatal o a las prácticas encaminadas a hacerse con el poder del Estado. Por política se entiende el conjunto de prácticas institucionalizadas —es decir, normativizadas— orientadas al control y a la dirección de la sociedad. O según una acepción alternativa, la cual se adapta mejor a la preocupación de estas notas, política es “la actividad o conjunto de actividades que de alguna manera tienen como término de referencia la polis, es decir el Estado”³. La política, en este sentido, es un *hacer político* —lucha, competencia, ejercicio del poder, etc.—, pero también es un *decir político* (discurso político): justificaciones, explicaciones, proyectos, ideas...

Entre *discurso* y *hacer* hay una unidad indisoluble, en el sentido de que el primero marca las pautas del segundo, mientras que éste exige un discurso que lo legitime. Obviamente, unidad no quiere decir coherencia total y absoluta. Entre discurso y hacer se pueden producir (y se producen) desfases, pero, no obstante eso, mucho de lo que se hace en política tiene una contraparte discursiva, que no conviene subestimar, si se quiere entender a cabalidad el fenómeno político. Las ideologías políticas, pues, constituyen una de las expresiones más elaboradas del discurso político. ¿Qué se encuentra en ellas? ¿Qué es lo que ofrecen? Por lo menos, lo siguiente: una visión global de la política —que se busca con ella, para qué sirve, cuáles son sus fines—, una legitimación y justificación teórica (filosófica) del modo cómo se ejerce el poder estatal y una legitimación y justificación ética de la búsqueda —violenta o pacífica— del poder estatal.

En América Latina, en el siglo XX, surgió una serie de partidos y movimientos políticos con una fuerte identidad ideológica, recogida en documentos fundacionales de naturaleza doctrinaria y asumida (y defendida) incluso con agresividad, por sus miembros. Los supuestos ideológicos de los cuales se alimentaron esos partidos y movimientos fueron el *nacionalismo*, el *nacionalismo revolucio-*

1. I. Martín-Baró, *Acción e ideología*. San Salvador, 1983, pp. 17-18.

2. *Ibid.*, p. 18.

3. N. Bobbio. “Política”, en N. Bobbio et al., *Diccionario de política*. México, 1998, p. 1215.

nario, el desarrollismo, el socialismo y el comunismo, que se convirtieron, para quienes los hicieron suyos, en ejes de acción socio-política. Quienes los abanderaron no fueron sólo las élites partidarias, sino amplios grupos sociales, que se movilizaron, se organizaron y se sacrificaron para que esos ideales fueran realidad. No cabe duda que en el siglo XX, en América Latina —por lo menos hasta la década de los ochenta—, al igual que en Europa —al menos hasta los años cincuenta—, miles de personas fueron sacrificadas ante el altar de las ideologías. Miles de vidas vieron frustradas sus aspiraciones de una situación personal y social más digna y humana, y otras muchas sacrificaron dimensiones esenciales de su vida personal para responder a las exigencias de tal o cual marco ideológico, convertido en disciplina política.

Nacionalismo, nacionalismo revolucionario, desarrollismo, socialismo y comunismo fueron los marcos de referencia, que orientaron el quehacer socio-político de muchos hombres y mujeres latinoamericanos, en el siglo pasado. Sin entender esos supuestos ideológicos, difícilmente se entenderá el rumbo seguido por los países latinoamericanos en este siglo. Cada supuesto ideológico operó en su momento y orientó las prácticas políticas y sociales de importantes grupos sociales. Los partidos y movimientos políticos más significativos (el APRA peruano, el MNR boliviano, el Partido Peronista argentino, el PRI mexicano o el MAS venezolano) definieron su línea ideológica de acuerdo con las doctrinas mencionadas. Es por eso que, hasta la década de los ochenta, el quehacer político latinoamericano tuvo un fuerte carácter ideológico. En la medida en que los partidos políticos se fueron institucionalizando (un proceso diferente en cada país), se hicieron cargo, como portavoces, de las distintas opciones ideológicas del continente. La solidez de su capacidad de representación dependía de su firmeza ideológica. Como señalan Marcelo Cavarozzi y Esperanza Casullo, “los partidos mayoritarios deben tener raíces sólidas en la sociedad, de otra manera no pueden estructurar a través del tiempo las preferencias políticas de las sociedades. Uno de los rasgos asociados a esta condición es que los partidos políticos que compiten

en sistemas institucionalizados, tienden a mantener cierta consistencia en sus posiciones ideológicas relativas. Es por eso que cambios muy abruptos en la orientación ideológica de los partidos son un indicador de la debilidad de los lazos de representación”⁴.

Este riesgo fue evitado con la firmeza (o la inmovilidad) ideológica: pese a los cambios de coyuntura, la doctrina ideológica se veía muy poco alterada o, peor aún, los ideólogos de los partidos se esforzaban por reafirmar sus supuestos básicos como dogmas indiscutibles. La realidad podía cambiar; la doctrina partidaria no, pues garantizaba la aquiescencia de los militantes de base hacia el partido. En los partidos más ideológicos —por ejemplo, en los partidos socialistas o comunistas— la tendencia al endurecimiento ideológico, en tiempos de crisis, fue más notoria. En los partidos menos ideológicos (por ejemplo, el APRA peruano), la tendencia al endurecimiento de la identidad no era tan marcada. De hecho, analistas como Cavarozzi señalan que, en este caso, se daba “una deficiente ligazón ideológica-identitaria entre los partidos y sus respectivas bases”, lo cual forzaba a buscar la cohesión partidaria, a partir de prácticas clientelísticas, que daban pie a la “desideologización” de las relaciones entre los militantes y las cúpulas.

La cuestión no era la inexistencia de supuestos ideológicos, sino que esos supuestos eran poco firmes y definidos. Eso hizo posible que el Partido Peronista —según comenta Cavarozzi— “nunca se definiera ideológicamente de manera taxativa y que dentro de él convivieran durante largo tiempo sectores de la izquierda y sectores de derecha. Puede pensarse que fue justamente esta ausencia de una clara definición ideológica, lo que hizo posible que el peronismo completara sin desintegrarse el viraje ‘neoliberal’ necesario para llevar adelante las reformas económicas durante el primer gobierno de Carlos Menem”⁵.

En la década de los ochenta, en el marco de los procesos de democratización de América Latina⁶, las ideologías políticas comenzaron a perder fuerza como ejes de identidad partidaria. La demarca-

4. M. Cavarozzi y J. M. Abal Medina (Comp.), *El asedio de la política. Los partidos políticos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario, 2002, pp. 22.
5. *Ibíd.*, pp. 22-23.
6. *Cfr.*, L. A. González, “Las ideologías políticas en América Latina en el siglo XX”. *ECA*, 585-586, julio-agosto de 1997, pp. 671-694.

ción ideológica cedió su lugar a la discusión sobre la mejor forma de administrar el Estado y la economía. Los partidos abandonaron su "compromiso representacional, identitario e ideológico con sus electores" (Cavarozzi y Casullo) y optaron por convertirse en "gerentes de la cosa pública". "En un contexto en el que los diversos partidos políticos se definen por igual como ideológicamente pragmáticos, y donde todos comparten un mismo pensamiento económico y un conjunto de principios de conducta (todo incluido en lo que se denominó un 'neoliberalismo globalizado'), puede llegarse al extremo de que los partidos no representen en sentido estricto a nadie"⁷.

La década de los noventa fue escenario del "ablandamiento" ideológico de los partidos políticos; la ideología fue reemplazada por el pragmatismo. "Los partidos políticos renegaron de su compromiso con los electores y asumieron un discurso puramente gerencial, tecnocrático e 'inevitabilista'. Este discurso se manifestó como incapaz de apelar a los ciudadanos en tanto actores políticos, cimentó altos niveles de apatía y terminó, en algunos casos, minando la vitalidad y potencia del sistema político"⁸. Los partidos políticos salvadoreños —ARENA y FMLN— son parte de la misma trayectoria ideológica de otros partidos latinoamericanos. Al igual que ellos, no sólo se alimentaron de los supuestos ideológicos prevalecientes, sino que, según cada caso, los asumieron con mayor o menor determinación. En este sentido, en El Salvador también se hicieron presentes la dureza ideológica, el clientelismo y la mezcla de referentes ideológicos. También se hizo presente, en la década de los noventa el "ablandamiento" ideológico de los partidos más importantes, es decir, en aquellos que, en décadas anteriores, se habían identificado con una doctrina ideológica bastante firme e incluso sumamente agresiva y polarizada.

3. ARENA y FMLN: sus supuestos ideológicos de origen

3.1. Alianza Republicana Nacionalista (ARENA)

El surgimiento del Partido ARENA, a principios de la década de los ochenta, se entiende desde la crisis socio-política de finales de la década ante-

rior, la cual se cerró con el golpe de Estado de octubre de 1979. Este hecho quebró el poder que el Partido de Conciliación Nacional había ejercido desde los años sesenta. ARENA, ante el fracaso de este partido, llenó el vacío dejado, entre los grupos con poder económico: contar con un partido que les permitiera embarcarse de nuevo, en la lucha política electoral. ARENA, al abandonar sus antecedentes anticomunistas más duros, experimentó un crecimiento electoral notable, primero en la Asamblea Legislativa (1985 y 1988) y, después, en el ejecutivo. En 1989, Alfredo Cristiani relevó a José Napoleón Duarte —principal líder del Partido Demócrata Cristiano— en la Presidencia de la República, con lo cual el partido de derecha tomó las riendas del gobierno en un contexto en el cual el FMLN hacía sus últimos esfuerzos militares por hacerse con el poder estatal. ARENA agrupó, frente a la amenaza del FMLN, a los tres sectores de poder económico: terratenientes, industriales y banqueros. Los tres conformaron una unidad casi monolítica, en torno a un propósito fundamental: contrarrestar la amenaza insurgente, es decir, impedir que El Salvador cayera en manos de la izquierda armada. Muchas cosas han sucedido desde los conflictivos años ochenta; también en ARENA han sucedido muchas cosas: varios de sus líderes históricos abandonaron el partido y los conflictos en su interior se han hecho más inocultables. ¿Cómo era ARENA en sus orígenes? ¿Cuál era el credo ideológico que alimentó a sus primeros militantes?

Fundado el 30 de septiembre de 1981, el partido se define, a la luz de sus principios, como nacionalista, defensor del sistema democrático, republicano y representativo, que reconoce al individuo como base fundamental del pueblo y apuesta por un Estado garante del trabajo, el bienestar de la patria y un sistema económico respetuoso de la libre empresa. Entre estos principios, sobresale el nacionalismo —entendido como la "ideología que nos garantizará la estructura social adecuada para nuestro pueblo [...] como el ideal de un pueblo que aspire a tener política propia, tener un Estado propio que se componga de todos sus connacionales"⁹—, que no sólo apunta a una concepción de sociedad —la patria querida por Dios y espacio de libertad—, a cuyo bienestar deberían encaminarse los esfuerzos

7. *Ibíd.*, pp. 27.

8. *Ibíd.*, pp. 27.

9. *Acta de fundación del partido ARENA*. Septiembre de 1981, p. 9.

de todos los salvadoreños —en un “convivir”, que sería “la mística necesaria para la solidaridad fraternal con la patria”¹⁰—, sino que sirve de marco orientador de la conducta de todo nacionalista: el buen nacionalista es el que cumple sus obligaciones con Dios, la patria y la libertad. Este nacionalismo no excluye saberse parte del mundo occidental y, más en concreto, de Centroamérica, por cuya unidad trabajará, “garantizando la idiosincrasia nacionalista de cada uno de sus miembros”.

El nacionalismo de ARENA se afirma ante los presuntos “enemigos” de la nacionalidad salvadoreña, tal como los ideólogos del partido la entienden. ¿Quiénes son esos enemigos? Todas aquellas doctrinas que pregonan la lucha de clases. Hay que defenderse —defender la nación o la patria— de la “penetración ideológica” y de la “agresión del comunismo internacional”. Precisamente, uno de los objetivos fundamentales del partido se desprende de ese principio nacionalista: “defender nuestras tradiciones occidentales ante el ataque ideológico y agresión permanente del comunismo internacional, y frente a otras ideologías y organizaciones políticas que pongan en peligro la vida institucional de El Salvador”¹¹. Así, pues, el nacionalismo de ARENA posee un fuerte carácter anticomunista; y no puede ser de otro modo, porque son los comunistas quienes atentan contra la “unidad nacional”, cuya defensa es responsabilidad del nacionalista de ARENA. El nacionalismo, por tanto, es el mejor acicate para conquistar la unidad nacional, pero lo es también para luchar contra todo “movimiento subversivo que atente contra la seguridad nacional”¹². ¿Qué es la seguridad nacional? “[Es] el reflejo de la participación cívica del pueblo en los problemas nacionales, de conservar y ampliar la cultura, la educación y la moral, para desarrollar

así la personalidad del salvadoreño en los valores del mundo occidental”¹³.

El segundo de los principios que llama la atención es el que reconoce la primacía del bienestar del individuo sobre el bienestar de la sociedad. Tanto es así que el Estado mismo debe ponerse en función del “engrandecimiento” del individuo. No de su engrandecimiento moral o cultural, sino de su engrandecimiento económico: “se reconoce como principio de nuestra vida económica el derecho individual de adquisición, retención y uso de la propiedad como una proyección de la personalidad, fuente generadora de productividad, factor indispensable para el engrandecimiento y promoción de la dignidad; por lo tanto, merece el reconocimiento, respe-

to y protección del Estado”¹⁴. De hecho, la unidad nacional, según la perspectiva de los fundadores de ARENA, tiene como meta el bienestar del individuo. “La Unidad Nacional deberá ser orientada por los intereses superiores de la nación: el individuo, su promoción y seguridad, a través de la difusión de los objetivos nacionalistas que persigue el partido y

La década de los noventa fue escenario del “ablandamiento” ideológico de los partidos políticos; la ideología fue reemplazada por el pragmatismo. “Los partidos políticos renegaron de su compromiso con los electores y asumieron un discurso puramente gerencial, tecnocrático e ‘inevitabilista’.

la responsabilidad que tiene cada uno de los salvadoreños”¹⁵.

La ideología de ARENA, en sus orígenes, se puede resumir del siguiente modo: la democracia y la libertad están en función de la nación, cuya unidad es responsabilidad de todos aquellos que quieren el bienestar de la patria. Socavar la unidad nacional con doctrinas subversivas de tipo comunista, es atentar contra la nación; es decir, es poner en peligro su seguridad. Ante esto, lo único que queda es reafirmar el nacionalismo, “como la ideología que nos garantizará la estructura social adecuada para nuestro pueblo”. Defender a la nación, su seguridad y su integridad, es defender al indivi-

10. *Ibíd.*, p. 8.

11. *Ibíd.*, p. 9.

12. *Ibíd.*, p. 10.

13. *Ibíd.*

14. *Ibíd.*, p. 9.

15. *Ibíd.*, p. 10.

duo y sus libertades, en especial la libertad de empresa; es luchar contra quienes amenazan a la nación y al individuo. Se trata de una lucha “pacífica” —se dice en los principios del partido—, lo cual no excluye el apoyo a la Fuerza Armada “en la acción contra todo movimiento subversivo que atente contra la seguridad nacional”. De todos modos, el anticomunismo de ARENA fue poco pacífico, incluso en el discurso. La marcha del partido es una muestra palpable de ese anticomunismo visceral:

Alianza Republicana Nacionalista
de El Salvador (*bis*)
Presente, presente por la patria.

Coro

Libertad se escribe con sangre
Trabajo con el sudor
Unamos sudor y sangre
Pero primero El Salvador
Unamos sudor y sangre
Pero primero El Salvador

Cuando en la amada patria
Extrañas voces se oyeron
Los nacionalistas
Surgieron diciendo así
Patria sí comunismo no

Coro

El Salvador será la tumba
Donde los rojos terminaran
Salvándose aquí América
Nuestra América inmortal
ARENA

La cohesión (o la falta de ella) interna de un partido político puede ser determinada a partir de una serie de indicadores, entre los cuales destacan los conflictos internos, las rupturas partidarias, la formación de facciones, la renuncia a la militancia de cuadros emblemáticos y las expulsiones. Un examen del desenvolvimiento de ARENA, desde su fundación hasta prácticamente 1992, muestra poca evidencia acerca de una cohesión interna débil; al contrario, en ese periodo —sobre todo entre 1981 y 1990—, da muestras de ser un partido con una fuerte cohesión

entre sus miembros. Ante todo, en su cúpula, donde el fuerte liderazgo del mayor Roberto D'Aubuisson —cuya firma encabeza el acta fundacional de ARENA— fue notable, pero también lo fue entre la militancia de base, de la cual no hay pruebas de que cuestionara las decisiones tomadas por la dirección del partido, es decir, por el Consejo Ejecutivo Nacional (COENA), elegido de forma unánime por los fundadores dicho partido D'Aubuisson fue su primer presidente.

No es absurdo suponer que, en la década de los ochenta, hubiese algún tipo de conflicto al interior de este partido. Después de todo, los grupos de interés que lo sostenían —grandes agricultores, industriales y banqueros— no eran homogéneos. Sin embargo, esos conflictos no salieron a la luz pública —señal de que a lo mejor no eran tan graves—, ni alteraron el propósito del partido de aglutinar a los sectores de derecha del país, en su lucha contra el comunismo. En consecuencia, ARENA no conoció las rupturas partidarias, la formación de facciones, la renuncia de cuadros claves o las expulsiones. Las diferencias internas, si las hubo, fueron procesadas a través de los cauces institucionales. Además, esas diferencias no podían ser más importantes que el desafío que representaba la amenaza comunista. Este era el eje fundamental del consenso interno —un consenso ideológico—, de su fortaleza institucional y de su fuerte cohesión interna. La ideología nacionalista y anticomunista era, sin duda, el soporte principal de esa cohesión. Los miembros de ARENA —en especial los provenientes de los grupos de poder económico— podían ser terratenientes, comerciantes, industriales o



banqueros, pero ante todo eran nacionalistas y anticomunistas, lo cual pesaba más que las diferencias que pudieran derivarse de su condición económica particular. Asimismo, se trataba de ser nacionalista y anticomunista no de cualquier modo, sino según la línea impuesta por D'Aubuisson, su caudillo y máximo dirigente del COENA.

En esta perspectiva, cualquier ruptura o malestar que pudiera traducirse en la formación de facciones no sólo lo hubiera debilitado, sino que habría dejado al país —a la “amada patria”— a expensas del comunismo internacional y sus abanderados locales. Obviamente, la derecha aglutinada en ARENA —el partido que expresaba sus ansias por controlar de nuevo el poder político, cedido por la oligarquía a los militares, en 1931— estaba dispuesto a tal traición a la patria. Si de lo que se trataba era de erradicar la amenaza comunista, lo mejor era garantizar la unidad del partido, creado para librar esa batalla. Esto explica la unidad granítica de ARENA —su cohesión interna—, a lo largo de la década de los ochenta. Ser miembro de ARENA suponía asumir, por encima de cualquier otro interés, el compromiso de luchar contra el comunismo, lo cual pasaba por sacrificar todo por la unidad del partido. No se podía ser miembro de este partido si no se estaba dispuesto a entregarse de lleno a la causa nacionalista y anticomunista. Tal como se señala en el Artículo 10, literales a y b, de sus estatutos, “son deberes de sus miembros: a) Cumplir y respetar las leyes de la República, los Principios Ideológicos, los presentes Estatutos, los Reglamentos y demás disposiciones que emanen de los Organismos del Partido; b) Velar porque se cumplan los Principios del Partido, y promover el logro de sus Objetivos, así como contribuir a la puesta en marcha de sus planes de trabajo. Promover que la Ideología del partido sea del conocimiento del mayor número de salvadoreños”¹⁶.

Quien no cumpla con estos deberes es castigado con la expulsión. Así, según el Artículo 90, literales a, b, c y d, “son motivo de suspensión o de expulsión del Partido: a) traición al partido; b) desacato o rebelión contra las disposiciones de sus organismos o autoridades; c) conducta contraria a sus principios y objetivos, estatutos y normas del partido; y d) incumplimiento reiterado de los de-

beres”¹⁷”. A lo largo de los ochenta, no se tiene noticia de expulsiones de ARENA, lo cual indicaría que, probablemente, nadie irrespetó sus principios y objetivos, ni lo traicionó, ni se rebeló contra sus autoridades. Ciertamente, era difícil que ello sucediera, cuando los filtros para medir el compromiso ideológico de los aspirantes a formar parte de él —y ya no se diga para ocupar cargos de dirección— eran muy finos.

No era probable que quienes asumieron este compromiso, en un momento en el cual la presunta amenaza comunista había desembocado en una guerra civil, iba a socavar los cimientos del partido que había hecho suya, como causa fundamental, la lucha anticomunista. Por lo mismo, no se podía ser miembro consciente de ARENA, ni se podía ser aceptado en el partido, si no se era anticomunista y si no se aceptaba que la unidad de ARENA era clave para hacer frente, con éxito, a los rojos. Esta era la mejor garantía para mantener la cohesión interna. Esa cohesión comenzó a deteriorarse cuando el anticomunismo ya no era el enemigo a derrotar, sino el rival con el cual se tenía que negociar una solución a la guerra civil. Como veremos en el apartado siguiente, a principios de los años noventa, una vez que el presidente Alfredo Cristiani se embarca de lleno en un proceso de negociaciones con el FMLN, se comienzan a ver las primeras señales de agotamiento de la cohesión interna de ARENA. Para negociar con el FMLN el fin de la guerra, ARENA, en el gobierno, tuvo que “ablandar” su discurso ideológico anticomunista, porque con la negociación se reconocía que en El Salvador no se iba a exterminar a los comunistas, sino que se iba a convivir con ellos. Socavado el principio que daba cohesión al partido, ésta se comenzó a romper, lenta, pero inexorablemente. En la segunda mitad de los años noventa, el partido fue sacudido por severas crisis, que pusieron en evidencia las dificultades para mantener la unidad partidaria, una vez que la ideología nacionalista y anticomunista fue dejada en un segundo plano, al ser desplazada por intereses sectoriales y grupales.

En la década de los años ochenta, el Partido ARENA enfrentó una doble amenaza. En primer lugar, la presencia del FMLN que, como ejército guerrillero y con una ideología socialista-comunis-

16. *Estatutos del partido Alianza Republicana Nacionalista ARENA*, San Salvador, s.f., p. 3.

17. *Ibíd.*, p. 23.

ta, representaba una amenaza real para los grupos de poder económico y para el esquema de conducción política prevaleciente; y, en segundo lugar, el gobierno del Partido Demócrata Cristiano, cuyo líder, José Napoleón Duarte, de presidente de la última Junta Revolucionaria de Gobierno, formada a inicios de 1980 —junta que duraría hasta 1982, fecha en que se celebraron elecciones para Asamblea Constituyente, siendo electo como presidente provisional, el abogado Álvaro Magaña— pasó a convertirse, en 1984, en Presidente de la República.

Los dos ejes de ataque del discurso ideológico de ARENA —y de las prácticas socio-políticas que del mismo se derivaban— fueron, en ese entonces, el FMLN y quienes estuvieran (o se creyera que estaban) asociados directa o indirectamente al mismo —sectores religiosos, profesionales, universidades, sindicatos, etc.— y la democracia cristiana. La lucha anticomunista los abarcaba a ambos: al FMLN y a sus presuntos aliados, por abanderar expresamente ideales socialistas y comunistas, y a la democracia cristiana, por llevar adelante una serie de reformas económicas —nacionalización de la banca, del comercio exterior y reforma agraria— que, en el fondo, eran de carácter socializante. Es decir, en la óptica del ARENA de los años ochenta, la democracia cristiana le hacía el juego a los comunistas: este partido era, al decir del mayor D'Aubuisson, “como la sandía: verde por fuera, pero roja por dentro”.

El FMLN y sus líderes, obviamente, se llevaron los peores improperios. Para ARENA, el FMLN era, a todas luces, el principal enemigo de la patria, tal como sus ideólogos, con D'Aubuisson a la cabeza, la concebían. Era imposible convivir con lo que la izquierda armada representaba. La única alternativa era erradicarla de forma total y por los medios que fuera necesario. En la misma línea, era imposible convivir con quienes, de forma solapada

o abierta, estaban vinculados de alguna manera con el FMLN. La Fuerza Armada era la llamada a exterminarlos, para lo cual contaba con el apoyo absoluto del partido.

Contra quienes mantenían relaciones con el FMLN, pero sin ser cuadros militares, ARENA tendría que librar una batalla particular, debía identificarlos y establecer sus nexos familiares y profesionales. Esta información sería usada por los grupos paramilitares de derecha —los escuadrones de la muerte¹⁸— y los cuerpos de seguridad de ese entonces, en concreto la Policía Nacional y la Guardia Nacional. Muchas veces fue fácil identificar a estos colaboradores, como los líderes del Frente Democrático Revolucionario (FDR), asesinados por paramilitares de derecha y miembros de los cuerpos de seguridad, en noviembre de 1980, poco después que el mayor D'Aubuisson aportara las “pruebas” de su filiación comunista, en la televisión¹⁹. Estas y otras pruebas, usadas para denunciar a los “enemigos” de la patria, fueron parte del patrimonio que D'Aubuisson se llevó consigo, cuando dejó la oficina de inteligencia, llamada ANSESAL, en la cual había trabajado con el coronel Carlos Adalberto Medrano, héroe de la guerra de 1969 contra Honduras.

Por otra, no siempre era fácil identificar a quienes mantenían alguna relación con el FMLN. De aquí que el espionaje fuera una de las tareas más importantes, asignada a los miembros de ARENA. Había que hurgar, tras las apariencias de muchos salvadoreños, su verdadera identidad y su compromiso ideológico. Un comentario, una amistad lejana, un encuentro casual con un sospechoso probado, un libro de sociología... Cualquier indicio podía ser la señal deseada para descubrir al enemigo. Un enemigo que no tenía que ser un desconocido: podía ser el vecino de la casa de a lado, un amigo cercano o incluso un pariente con quien se convi-

18. A finales de los setenta y comienzos de los ochenta, operaron con intensidad los siguientes escuadrones de la muerte: Unión Guerrera Blanca (UGB), Mano Blanca (MB), Escuadrón “Maximiliano Hernández Martínez”, Ejército Secreto Anticomunista (ESA), Escuadrón de la Muerte (EM), Organización para la Liberación del Comunismo (OLC), Frente Anticomunista de Liberación Centroamericana (FALCA), Legión del Caribe (LC), Brigada Anticomunista Salvadoreña (BAS), Frente Armado de Liberación Anticomunista Guerra de Exterminio (FALANGE), Ejército Anticomunista Salvadoreño (EAS), Comando Nacionalista Salvadoreño (CNS), Gremio Anticomunista Salvadoreño (GAS). *Cfr.*, L. A., González, *Izquierda marxista y cristianismo en El Salvador (1970-1992)*. (Ensayo de interpretación). Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, FLACSO-México, 1994, p. 206.

19. Los asesinados fueron Enrique Álvarez Córdova, presidente del FDR; Juan Chacón, del Bloque Popular Revolucionario (BPR); Manuel Franco, de la Unión Democrática Nacionalista (UDN); Enrique Escobar, del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR); Humberto Mendoza, del Movimiento de Liberación Popular (MLP); y Doroteo Hernández, del Frente de Acción Popular Unificada (FAPU).



vía, bajo el mismo techo. Para personas como D'Aubuisson, estos comunistas solapados eran los más escurridizos, pero también los más peligrosos, porque medraban al amparo de la legalidad, ya fuera en centros educativos, parroquias o gremios profesionales.

ARENA asumió como una de sus tareas prioritarias el desenmascaramiento y la denuncia pública de esos comunistas solapados. Fue una cacería de brujas, porque la paranoia anticomunista de la derecha, cuya voz cantante la llevaban los líderes más emblemáticos del partido, llevó a ver comunistas por todas partes, con las subsiguientes consecuencias para los acusados. Muchos comunistas y socialistas reales fueron víctimas de la cruzada anticomunista de los tres primeros años de la década de los ochenta —los años más duros de la guerra sucia y del terrorismo de Estado—, pero también lo fueron comunistas y socialistas imaginarios e imaginados, es decir, personas que ni profesaban el credo ideológico del FMLN, ni apoyaban activamente la lucha antisistema, que llevaba a cabo la organización guerrillera. Monseñor Ro-

mero —asesinado el 24 de marzo de 1980, por un comando de paramilitares de derecha— fue una de las víctimas más emblemáticas de esa paranoia anticomunista: sus críticas al ejercicio de poder oligárquico, al terrorismo de Estado y a la incapacidad de los grupos de poder para diseñar un modelo de convivencia social más justo, le valieron ser puesto en la lista de los enemigos de la derecha anticomunista y ser condenado a muerte.

De todos modos, el anticomunismo exacerbado de esos años no distinguía a quienes pertenecían al FMLN. La única distinción válida era la que se hacía entre quienes querían exterminar a los comunistas y quienes no pretendían tal cosa o ponían reparos. Y es que estos últimos, cualquiera fuera su ideología, eran o comunistas declarados o cómplices, lo cual, para efectos prácticos, venía a ser lo mismo. Por ello, se hacían merecedores del mismo escarmiento recetado a los primeros: la persecución, la tortura, la cárcel o el asesinato. En la lista de cómplices del comunismo internacional estuvieron la democracia cristiana y el gobierno de Carter. Aquella por propiciar un conjunto de reformas económicas, que alteraban el esquema de poder oligárquico, y esta última por tener como punto central de su agenda diplomática la defensa y promoción de los derechos humanos.

En suma, en la década de los ochenta, para ARENA era absolutamente clara la lista de sus opositores, es decir, sus “enemigos”. En el país, el FMLN y sus organizaciones “hermanas” —el Frente Democrático Revolucionario, los sindicatos de izquierda y ANDES 21 de junio, por ejemplo—, el Partido Demócrata Cristiano, los jesuitas de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, las religiosas y los religiosos y los laicos comprometidos con el cambio social, los miembros de las comunidades eclesiales de base y las organizaciones defensoras de los derechos humanos como la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado o la Comisión de Derechos Humanos no gubernamental. En el exterior, los enemigos eran la desaparecida Unión Soviética y los países del bloque del este, Cuba, Nicaragua, Vietnam, Corea del Norte, China, los gobiernos que habían reconocido la beligerancia del FMLN (México y Francia) o que apoyaban a la democracia cristiana (Alemania Federal y Venezuela), y quienes, en Estados Unidos, se oponían a su presencia militar en El Salvador (desde congresistas demócratas hasta organizaciones no gubernamentales de derechos humanos). En el bando de los “amigos” estaban, en el

país, la Fuerza Armada, los dos grandes matutinos —*La Prensa Gráfica* y *El Diario de Hoy*— y los sectores empresariales, que sostenían al partido; fuera del país, el gobierno de Reagan, los gobiernos que respaldaban la intervención de Estados Unidos en El Salvador (Taiwán y Gran Bretaña, por ejemplo) y los gobiernos centroamericanos (y sus fuerzas armadas), que libraban una lucha anticomunista (Guatemala) o apoyaban la lucha contrainsurgente de Estados Unidos (Honduras).

3.2. Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)

El FMLN fue fundado como un ejército insurgente, en octubre de 1980. A partir de la firma de los acuerdos de paz de 1992, se convirtió en partido político, es decir, en una institución apta para competir electoralmente y para ejercer, en virtud de los resultados electorales obtenidos, algún tipo de poder estatal. No se puede comprender la ideología del FMLN sin tomar en cuenta su trayectoria anterior a 1992. Es preciso remontarse hasta la década de los años setenta, porque en esa década se constituyeron los grupos político militares —una especie de guerrillas urbanas— que, en 1980, se integraron en el FMLN. El credo ideológico de estos grupos político militares alimentó al FMLN como ejército, en la década de los ochenta y, al convertirse en partido político, se constituyó en su patrimonio ideológico. Es decir, el Partido FMLN no definió su perfil ideológico en 1992, sino que arrastra consigo una herencia ideológica de tipo marxista-leninista, fraguada en los años setenta.

En la década de los setenta, se crearon cinco agrupaciones político militares. A las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y la Resistencia Nacional (RN), las tres primeras, luego se agregó el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC). Las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), brazo armado del Partido Comunista de El Salvador (PCS), fue fundada en 1980, después que éste decidiera sumarse a la lucha ar-

mada. A inicios de la década de los ochenta, en el marco de una fuerte represión gubernamental contra el movimiento social, estos grupos fundaron el FMLN, pero sin superar sus diferencias de fondo —cuál era la organización más auténticamente revolucionaria y cuál era el rol de los actores sociales y políticos, en el programa revolucionario.

Estas organizaciones surgieron en oposición al Partido Comunista (fundado en 1930), el cual defendía la “vía pacífica” al socialismo. Esta tesis comenzó a ser muy criticada por quienes, en 1959, hicieron de la revolución cubana su referente básico. A ello se añadió el malestar de muchos militantes de izquierda por el apoyo del Partido Comunista al gobierno salvadoreño, durante la guerra contra Honduras (1969). Ambos hechos llevaron a que, en 1970, el secretario general del Partido Comunista, Salvador Cayetano Carpio —el comandante “Marcial”— rompiera con el partido y fundara las Fuerzas Populares de Liberación “Farabundo Martí” (FPL), el primer grupo armado (político militar) que, desde una perspectiva marxista-leninista, atacó al Estado salvadoreño²⁰. El grupo se definió como una organización marxista-leninista, pero en el plano organizativo, pretendía regirse por el “centralismo democrático”. La posición ideológica de este grupo es tajante: “las FPL son una organización marxista-leninista... El marxismo-leninismo es una concepción al servicio de los intereses de la clase obrera en particular y de las clases explotadas en general... El marxismo-leninismo es un método de análisis científico y una guía para la acción que nos permite... entender la naturaleza multifacética de las luchas del pueblo”²¹. Sus estatutos, ratificados por el Comando Central, en mayo de 1978, reafirman esta opción por el marxismo-leninismo, pues definen al grupo como “una organización político-militar... marxista-leninista, que aspira a convertirse en la vanguardia revolucionaria de la clase obrera y del pueblo”²².

En 1972, se fundó el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), cuyo punto de arranque fue el llamado “Grupo”, una organización integrada por

20. Según un documento interno de la seguridad del Estado salvadoreño, las FPL tuvieron como antecedentes a los grupos armados Acción Revolucionaria Salvadoreña (ARS), Fuerzas Armadas Revolucionarias Salvadoreñas (FARS), “Los Nonualcos” y “Anastasio Aquino”, surgidos a finales de los sesenta. *Análisis de la situación subversiva en El Salvador*, s.f., p. 9.

21. *Estrella Roja, órgano ideológico de las Fuerzas Populares de Liberación -FPL- Farabundo Martí*. No. 2, febrero de 1975, apartado II: “Las FPL son una organización marxista-leninista”, p. 6.

22. *Bases estatutarias de las Fuerzas Populares de Liberación -FPL- “Farabundo Martí”*. San Salvador, 1978. p. 5.

jóvenes de la clase media —algunos de ellos con formación católica y vinculados a la democracia cristiana—, que llevó a cabo el primer secuestro político de la izquierda salvadoreña —el de Ernesto Regalado Dueñas, asesor del gobierno del coronel Molina²³. El lema de esta organización era “Venecer o morir”. Ideológicamente se declaró, como las Fuerzas Populares de Liberación, marxista-leninista, aunque entre sus fundadores hubo miembros de la Juventud Cristiana, influenciados por la doctrina social de la Iglesia católica. Sin embargo, su adhesión al marxismo-leninismo es indiscutible, al punto de profesar un doctrinarismo ideológico extremadamente dogmático, por lo menos desde su fundación hasta finales de los años setenta, cuando experimentó procesos de flexibilización política e ideológica. “El grupo, llamémosle cristiano —dice Fermán Cienfuegos—, donde se encontraba el ex compañero Alejandro Rivas Mira (“Sebastián Urquilla”), ya tenía una ideología marxista-leninista. Este, que fue uno de los fundadores de ese grupo, era el hombre de mejor formación en ese momento. Llegaba de Alemania Federal de estudiar marxismo-leninismo. Había estudiado *El Capital*... Lo interesante del grupo de jóvenes democristianos era que tenían una formación en economía política más sistemática que la de nuestro núcleo. Sebastián, Lil Milagro, Rafael Arce Zablah, Felipe Peña Mendoza tenían una formación marxista-leninista en el área de economía política”²⁴.

Entre 1975 y 1980, surgieron tres organizaciones político militares más. El Ejército Revolucionario del Pueblo se escindió, en 1975, y de su seno surgieron las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (RN-FARN). En este contexto, Roque Dalton

fue juzgado y asesinado. Posteriormente, en 1975, surgió el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC)²⁵ con el lema “Lucha armada hoy, socialismo mañana”. Desde sus orígenes, su pretensión fue constituirse en un partido marxista-leninista con un brazo armado, que le permitiera tomar el poder. “Nuestra organización —se dice en un documento fechado en 1976— está aun en proceso de formación del núcleo partidario que se prepara para la toma del poder por la vía armada”²⁶. No se trataba sólo de librar una guerra, sino de complementarla con un organismo político capaz de movilizar a las masas, en lo económico, lo político y lo ideológico. Por consiguiente, sus objetivos primordiales eran constituirse en partido marxista-leninista, elaborar una teoría de la revolución salvadoreña, diseñar una estrategia política y construir las fuerzas armadas revolucionarias.

Mientras tanto, el lema del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos era “Combatir hasta vencer por Centroamérica, la liberación y el socialismo”. La organización fue fundada en 1975, para construir una tendencia revolucionaria centroamericana²⁷. La pretensión inicial camina por una doble vía: constituirse “como organización política marxista-leninista” y “convertirse en vanguardia del proceso revolucionario centroamericano”, por lo tanto, con pretensiones regionales²⁸. Ideológicamente, este grupo asume el marxismo-leninismo como la “única doctrina científica que permite al partido y a la clase proletaria comprender y determinar adecuadamente su papel... la época histórica, las relaciones entre el capital y el trabajo, entre el proletariado y la burguesía y permite profundizar en su conocimiento”²⁹. “El Partido no

23. Regalado murió durante el secuestro. No se sabe a ciencia cierta cómo se produjo su muerte, pues hay versiones contradictorias, que incluso atribuyen su muerte a los cuerpos de seguridad.

24. F. Cienfuegos, *Veredas de audacia. Historia del FMLN*, San Salvador, 1993, p. 10.

25. Durante el mismo periodo surgieron al menos dos organizaciones más, las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FARP), una escisión del ERP y vinculada a otra organización denominada Organización Revolucionaria del Trabajo (ORT), y la Organización Socialista Internacionalista (OSI). Estas organizaciones o bien desaparecieron sin dejar huella o bien se integraron a las existentes, como la Liga para la Liberación (LL), la cual se integró al PRTC-MLP. R. Benítez Manaut, *La teoría militar y la guerra civil en El Salvador*. San Salvador, 1989. pp. 211-252; T. S. Montgomery, *Revolution in El Salvador*, Colorado, 1982, Cap. 5 (“The Revolutionaries”).

26. Resistencia Nacional, *Por la causa proletaria*. San José, Costa Rica, 1976, p. 26.

27. PRTC, “Hacia la construcción de una tendencia revolucionaria de carácter centroamericano en El Salvador”. Primer planteamiento táctico del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos —PRTC— para El Salvador, diciembre de 1977. Entre los fundadores del grupo destacan Roberto Roca, máximo dirigente de la organización, en la actualidad, y Mario López (“Venancio Salvatierra”), quien fue asesinado, en San Salvador, en 1993.

28. *Ibid.*, p. 1.

29. *Ibid.*, p. 140.

debe *declararse* marxista-leninista; debe llegar a ser, en la práctica, un partido de los marxista-leninistas; para lo cual debe conocer, estudiar, profundizar y aplicar creadoramente la doctrina marxista-leninista reconociendo que sólo ese camino y la práctica revolucionaria pueden hacer del Partido un instrumento seguro y sólido de la revolución”³⁰.

Las cuatro organizaciones pretenden ser una síntesis de lo político y de lo militar. Incluso algunas de ellas asocian su identificación y su estructura interna con un partido³¹. Todas ellas se proponen contar con una estructura partidaria, gobernada por el principio leninista del “centralismo democrático” y que subordine lo militar a lo político³². Es decir, hay un esfuerzo inicial por no caer en el militarismo y por supeditar el componente militar a la estrategia política. Sin embargo, las condiciones de la lucha elegida hicieron que, tanto en la teoría como en la práctica, lo primero predominase sobre lo segundo. Así, se terminaron convirtiendo en núcleos muy cerrados, jerárquicos y con poca democracia interna.

Por último, a esas cuatro organizaciones guerrilleras, se sumaron, en 1980, las ya mencionadas Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) del Partido Comunista de El Salvador, el partido marxista-leninista por excelencia. En efecto, en ese año, éste dio un viraje radical y fundó su brazo armado. Estratégicamente, el partido decidió asumir la vía armada como método fundamental para luchar por el socialismo, es decir, abandonó las tesis democrático-electorales y se transformó en una organización guerrillera, con mandos y cuadros militares. De esta manera, el partido no sólo se integró a la actividad

político militar, al igual que las otras organizaciones armadas, sino que pudo articularse a ellas, primero, en la Dirección Revolucionaria Unificada Político Militar (DRU-PM) y, después, en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

En 1980, cuando las tres organizaciones político militares más fuertes —Fuerzas Armadas de Liberación, Fuerzas Populares de Liberación y Ejército Revolucionario del Pueblo— decidieron unirse y conformar el FMLN³³, la identidad ideológica de cada una se convirtió en uno de los soportes de la nueva organización. La discusión ideológica cedió ante la necesidad estratégica de “dar pasos orgánicos estratégicos para llevar adelante el plan único de lucha político militar de nuestro pueblo [con ello] estamos contribuyendo a elevar la mística unitaria de nuestros militantes y a elevar la moral combativa de nuestro pueblo, que tan ansioso ha esperado y luchado por la unificación de su vanguardia”³⁴.

En los doce años de guerra civil, ninguna de las organizaciones del FMLN cuestionó el marxismo-leninismo. En 1992, cuando el FMLN se convirtió en partido político, no revisó su ideología,

El FMLN fue fundado como un ejército insurgente, en octubre de 1980. A partir de la firma de los acuerdos de paz de 1992, se convirtió en partido político, es decir, en una institución apta para competir electoralmente y para ejercer, en virtud de los resultados electorales obtenidos, algún tipo de poder estatal.

En los doce años de guerra civil, ninguna de las organizaciones del FMLN cuestionó el marxismo-leninismo. En 1992, cuando el FMLN se convirtió en partido político, no revisó su ideología,

sino que la aceptó como algo obvio, sin caer en la cuenta de los nuevos compromisos democráticos que adquiría. El Artículo I de los estatutos del partido declara que “el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional es un Partido Político democrático, revolucionario y socialista; de lucha permanente, que busca aglutinar y defender los intereses de las grandes mayorías populares y de las fuerzas democráticas y progresistas”³⁵.

30. *Ibid.*, p. 141.

31. Por ejemplo, el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) y el Partido de la Revolución Salvadoreña (PRS-ERP).

32. Omitimos la referencia al Partido Comunista porque éste, desde su estructura partidaria, pretende servirse de un brazo armado, y no al revés, como sucede con las otras organizaciones político-militares, las cuales carecen de una estructura partidaria consolidada.

33. Poco después se unieron la RN y el PRTC.

34. “Comunicado de la Dirección Revolucionaria Unificada Político Militar (DRU-PM) anunciando la formación del Frente ‘Farabundo Martí’ para la Liberación Nacional (FMLN)”, 10 de octubre de 1980, ECA 384-385, 1980, p. 1093.

35. *Estatutos del FMLN, 1992*.

Pero el último Artículo hace honor a sus orígenes ideológicos: "El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, nacido de las luchas del pueblo salvadoreño, es un partido de hondas raíces históricas, propiciador de la justicia social, la democracia y el desarrollo nacional. De naturaleza revolucionaria, plural en sus orígenes sociales e ideológicos en sus vertientes organizativas, el FMLN se nutre y da continuidad a la tradición democrática, independentista y liberadora"³⁶. Asimismo, el numeral cuatro de los principios, titulado "Un ideario democrático-revolucionario para el cambio", recoge uno de sus compromisos más antiguos: la transformación estructural de la sociedad salvadoreña. "La construcción de una sociedad democrática en los órdenes político, social, y económico constituye la razón de ser de nuestro Partido. Ello supone una transformación de alcances estructurales, y una actividad social y política de carácter revolucionaria orientada a ese fin. El FMLN favorece la vigencia plena de todas las libertades ciudadanas, entre las que propiciaremos de manera especial la libertad de expresión, lo mismo que la libertad de culto y el respeto profundo a las tradiciones y creencias religiosas"³⁷.

Finalmente, el numeral ocho de los objetivos, titulado "Luchar por construir un régimen económico, social y político de carácter socialista", recoge uno de los motivos ideológicos de la izquierda armada salvadoreña de los años setenta: "Orientar la lucha del Partido en procura de transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que garanticen en el largo plazo la consecución de un sistema de convivencia social nuevo; ese sistema estará basado en los postulados esenciales de libertad, justicia, humanismo, solidaridad, igualdad y equidad de género, equidad económica y participación democrática, orientada a superar la explotación y la marginación entre las personas, de una minoría sobre la mayoría y/o del Estado o del mercado sobre el conjunto de la sociedad, todo esto basándose en nuestra propia experiencia y asimilando crítica y creadoramente las experiencias y el pensamiento humanista y socialista universal. El socialismo así, habrá de realizar el desarrollo humano sostenible"³⁸.

36. *Ibíd.*

37. *Ibíd.*

38. *Ibíd.*

39. Incluso si leen detenidamente sus estatutos, el compromiso entre sus referentes ideológicos tradicionales y los nuevos, derivados de haberse convertido en un partido político, que acepta las reglas de la competencia electoral y la institucionalidad vigente, es evidente.

El FMLN, pues, inicia su vida legal como partido político con unos referentes ideológicos elaborados durante la época de su conformación como un ejército insurgente. Esos referentes fueron perdiendo peso —o diluyéndose—, a lo largo de los años noventa, en la medida en que el debate ideológico cedió terreno a las exigencias y los compromisos pragmáticos, en el quehacer del partido de izquierda³⁹.

En los años setenta, la vida interna de los grupos políticos militares era sumamente cerrada. No eran organizaciones masivas, sino agrupaciones minoritarias —compuestas, en su mayoría, por personas de clase media (intelectuales, profesionales, estudiantes, alguno que otro obrero ilustrado), cuyos integrantes estaban muy compenetrados con la ideología revolucionaria que los identificaba. La unidad organizativa, garantía no sólo para ejecutar las operaciones militares, sino también para sobrevivir, descansaba en la solidez ideológica de cada miembro. Esa solidez ideológica era tanto más necesaria en cuanto que la persecución y el acoso de las autoridades, en especial de los cuerpos de seguridad, era sistemática y constante; los obligaron a llevar una vida oculta, clandestina, que requería de una disciplina rigurosa. La cohesión interna de los grupos político-militares era, pues, muy intensa. La ideología era el eje medular de esa cohesión, puesto que garantizaba la fidelidad a la organización, así como la entrega incondicional a la causa revolucionaria. Estos grupos funcionaban como "sectas", a las cuales sólo podían ingresar los "iniciados", es decir, los que aceptaban como verdades inobjetables las tesis del marxismo-leninismo, según la versión de cada núcleo guerrillero.

Cuando se funda el FMLN como ejército insurgente, la cohesión interna de los grupos político-militares es trasladada a la nueva organización, así como también es trasladada la identidad ideológica de cada una de las organizaciones integrantes. De hecho, las distintas agrupaciones no se desintegran, sino que sus jefes máximos pasan a formar parte de lo que se conoció como la "Comandancia General" del FMLN —Schafik Handal, (PCS-FAL), Joaquín Villalobos (ERP), Fermán Cienfuegos (RN-

FARN), Cayetano Carpio (FPL)⁴⁰ y Roberto Roca (PRTC)—, la cual se encargó de planificar la estrategia común de las cinco organizaciones (FPL, ERP, RN-FARN, PRTC y FAL), pero en el entendido de que cada una de ellas ejercería un control relativo (militar y político) sobre sus militantes, determinadas bases sociales y ciertas áreas del país⁴¹. Es decir, las cinco organizaciones se unificaron en el FMLN, pero sus diferencias internas se mantuvieron a lo largo de la guerra. Todos los guerrilleros eran miembros del FMLN y, como tales, debían obediencia a la Comandancia General, pero cada uno de ellos estaba adscrito a una de las cinco organizaciones que lo integraban y, en consecuencia, debía también obediencia a su respectivo comandante.



En los años ochenta, la situación descrita alteró la lógica de esta cohesión interna. En la década anterior, cada organización estaba volcada sobre sí misma y las otras —desde su propia perspectiva— eran menos revolucionarias o incluso contrarrevolucionarias. Sus militantes no tenían otros jefes que los de su organización, llámesele comando central o jefatura general. Cuando se crea el FMLN, los militantes de los grupos político-militares siguen teniendo a sus mismos jefes, pero ahora éstos también son jefes de las otras organizaciones. Además, en la década de los ochenta, las organizaciones político-militares “abrieron” sus puertas a cientos de personas que, a principios de la década, optaron por incorporarse a las filas guerrilleras. Y es que para librar una guerra de largo plazo con el ejército salvadoreño, apoyado por Estados Unidos, ya no bastaban las acciones de la guerrilla urbana. Era perentorio crecer en número e incorporar y entrenar a cuadros capaces de llevar adelante una guerra sostenida contra el gobierno y su ejército. La mayoría de los nuevos cuadros provino de las organizaciones populares (sindicatos, universitarias, campesinas, etc.), fundadas en los años setenta y que a inicios

de 1980 habían sido golpeadas por la represión estatal⁴².

Obviamente, muchos de los que se integraban a las fuerzas guerrilleras tenían convicciones ideológicas afines a las de los miembros históricos de los grupos político-militares. Otros, no las tenían o las tenían muy atenuadas. Así las cosas, durante los años ochenta, la ideología no fue la garantía de la cohesión interna del FMLN, tal como lo había sido en la década anterior, sino la disciplina militar. La ideología marxista-leninista (socialista y revolucionaria) siguió siendo el telón de fondo de la identidad del ejército del FMLN, pero las exigencias de la guerra fueron el mejor factor de unidad: si pretendían resistir y doblegar al ejército salvadoreño, no tenían más opción que fortalecerse militarmente y asegurar que cada militante cumpliera con la disciplina militar básica, la cual pasaba, en lo fundamental, por acatar sin discusión las decisiones de la Comandancia General. Una cohesión como ésta sólo tiene sentido en un proyecto ideológico que recoge, en una amalgama no siempre bien definida, los compromisos y las aspiraciones de las cinco organizaciones que, unidas, integraron el FMLN.

En los años setenta, las organizaciones político-militares definían a sus enemigos —a sus opo-

40. El puesto de Cayetano Carpio (“Marcial”), tras su misteriosa muerte en 1983 —simultánea a la muerte de Mérida Anaya Montes (“Ana María”)—, fue ocupado por Salvador Sánchez Cerén (“Leonel González”).
 41. Por ejemplo, las FPL tenían un bastión firme en el nororiente de Chalatenango; el ERP, en el norte de Morazán; y las FAL-PC, en el cerro de Guazapa.
 42. Cfr. S. Montes, *El Salvador. Las fuerzas sociales en la presente coyuntura (enero 1980 a diciembre 1983)*. San Salvador, Departamento de Sociología y Ciencias Políticas de la UCA, 1984; R. Benítez Manaut, *La teoría militar y la guerra civil en El Salvador*. San Salvador, 1987.

sitores— por su identidad ideológica, por la distancias que guardaban respecto a su horizonte ideológico. Los empresarios —la burguesía criolla, como la llamaban— encabezan la lista de los enemigos de los revolucionarios. La Asociación Nacional de la Empresa Privada expresaba los intereses de esa burguesía. En segundo lugar, el Estado salvadoreño, en particular, los aparatos de seguridad y la Fuerza Armada, pero también el aparato judicial. En tercer lugar, los medios de comunicación de la derecha, por ser los exponentes de la ideología burguesa. En cuarto lugar, los partidos políticos que aceptaban la legalidad imperante y, entre ellos, el mayor enemigo era el Partido de Conciliación Nacional, por ser el partido de los militares en el poder. En quinto lugar, Estados Unidos, por ser el poder imperial y la mayor expresión del capitalismo. Finalmente, los países aliados de El Salvador y Estados Unidos, es decir, los del bloque capitalista. Contra todos estos enemigos, no había más alternativa que la guerra abierta, porque su derrota militar era clave para el triunfo de la revolución.

¿Y los amigos? Por definición, eran los que asumieran las tesis revolucionarias o que estuvieran en condición de hacerlo. Los campesinos y los obreros ocupaban el primer lugar en la lista de los aliados de los revolucionarios. Es más, según su propia visión, la revolución estaba dirigida a la liberación de obreros y campesinos, de quienes los revolucionarios eran sus representantes. En segundo lugar, personas e instituciones que, sin asumir las tesis socialistas y marxistas, abogaban por mayores niveles de justicia: religiosos y religiosas, profesionales, y militares progresistas —aunque cada grupo político-militar tenía sus preferencias. En tercer lugar, estaban los amigos del exterior: la Nicaragua sandinista, la Unión Soviética, los países del este europeo, China, Vietnam, Corea del Norte y Cuba. A este grupo se sumaban gobiernos e instituciones socialdemócratas de Europa que, además de respaldo diplomático, financiaban la lucha por los derechos civiles y políticos de la izquierda armada.

Los enemigos, contrarios a la revolución, no les esperaba más que la guerra popular prolongada, es decir, la guerra de guerrillas permanente y de desgaste. El FMLN, como ejército, heredó este esquema de amigos-enemigos: en el bando de los enemigos estaban la gran empresa privada, los cuerpos de seguridad y la Fuerza Armada, los partidos

políticos, en particular ARENA y el PDC —en el gobierno desde 1980 hasta 1989—, Estados Unidos y los países aliados del gobierno salvadoreño. En el bando de los amigos, en el ámbito interno, estaban las bases campesinas y obreras, aglutinadas en organizaciones como la Unión Nacional de Trabajadores Salvadoreños, y los sectores sociales (profesionales, universitarios y religiosos) opuestos a la guerra y a favor del cambio social. Mantuvo relaciones muy estrechas con algunos de estos sectores —por ejemplo, con docentes y estudiantes radicalizados de la Universidad de El Salvador—, mientras que con otros —la UCA, por ejemplo—, esas relaciones fueron más distantes y críticas, pero siempre en un esquema de amistad. Y en el exterior, la Unión Soviética, el bloque del este europeo, Vietnam, China, Corea del Norte y Cuba, así como los países democráticos (Suecia y Holanda) contrarios a la intervención militar estadounidense y a favor de los sectores salvadoreños democráticos.

En fin, durante la guerra, el bando de los amigos del FMLN era más amplio de lo que eran los amigos de las organizaciones político-militares. De hecho, cuando se constituyó el FMLN, en 1980, casi de inmediato y de forma paralela se funda el Frente Democrático Revolucionario (FDR), que aglutina a varias organizaciones y personalidades, que no suscriben las tesis marxistas y revolucionarias, sino que están comprometidas con un cambio democrático, pero que asumen que ese cambio no se va a realizar de forma pacífica, dada la dureza de los grupos oligárquicos y los militares salvadoreños. Asimismo, el espectro de los enemigos se enfoca en tres actores: la Fuerza Armada-cuerpos de seguridad, el gobierno de turno y Estados Unidos. Esto es así por las mismas exigencias de la guerra, las cuales llevaron a definir a los enemigos, no tanto desde la ideología, sino desde la amenaza militar que representaban.

4. ARENA y FMLN: identidades ideológicas difusas

En la postguerra, la ideología de los dos partidos se ablandó, es decir, su discurso ideológico perdió fuerza, en la década de los años noventa. Este cambio se constata al comparar la ideología del origen con la de los años noventa. Sus prácticas políticas reflejan su alejamiento de las primeras posturas ideológicas.

4.1. Alianza Republicana Nacionalista (ARENA)

Hasta el día de hoy, ARENA nunca ha abjurado de sus principios ideológicos nacionalistas y anticomunistas. En noviembre de 1989, cuando estalló la ofensiva del FMLN “Al tope”, el anticomunismo y el nacionalismo de ARENA alcanzaron su clímax. Entre sus víctimas estuvieron los jesuitas de la UCA, asesinados en la madrugada del 16 de noviembre, por miembros del batallón Atlacatl. Esos asesinatos tuvieron una clara connotación anticomunista, evidente en la cadena radial, montada para acusarlos de dirigir la “subversión”, así como también en la campaña de prensa, cuyo principal vocero fue *El Diario de Hoy*, diseñada con el mismo propósito.

Figuras clave de ARENA, así como muchos de sus mandos medios, no eran ajenos a esa paranoia anticomunista y nacionalista, desatada desde mediados de 1989; al contrario, de sus filas salieron varios de sus principales promotores, tal como lo ponen de manifiesto los llamados que hiciera la vieja guardia del partido al ex mayor Roberto D'Aubuisson, en abril de 1989, para que retomara su dirección y pusiera en su lugar a quienes adulteraban sus principios⁴³. Por su parte, Orlando De Sola sostuvo, en las mismas fechas, que era necesario “purgar” ARENA de los elementos “antinacionales” y “antirrepublicanos”. Asimismo, pidió retomar al nacionalismo, “que es la promesa original de ARENA y no un internacionalismo democrático, como lo han malinterpretado algunos”⁴⁴. Es decir, de lo que se trataba era de cerrar filas contra la amenaza comunista. En noviembre de 1989, tuvieron una excelente oportunidad para poner en práctica, una vez más, sus convicciones más arraigadas.

A esas alturas, sin embargo, el consenso anticomunista tradicional —que llamaba a limpiar a la patria de los rojos— comenzaba a ceder ante otras necesidades más inmediatas. En 1989, la ideología de los orígenes dejó de ser el único referente en el quehacer de ARENA. El interés por acabar con la guerra por medios pacíficos se hizo parte de su agenda, aunque no de todos sus miembros. Así, las primeras fisuras hicieron su aparición. Por un lado, estaban los que, sin abandonar la ideología anticomunista, pretendían poner fin a la guerra, por medio de algún tipo de negociación con el FMLN.

Acabar con ella era un requisito fundamental para la estabilidad económica, es decir, la ideología exigía aniquilar al FMLN, pero los negocios obligaban a pactar cuanto antes con él. Apostar por los negocios suponía no renunciar a la ideología, sino hacerla a un lado. Así, se convirtió en un recurso retórico, pero sin eficacia práctica a la hora de tomar las decisiones políticas más relevantes. Por el otro lado, estaban los anticomunistas, quienes pretendían ser consecuentes hasta el fin. Costara lo que costara, los comunistas y sus secuaces debían ser exterminados. Para quienes así creían, los principios ideológicos no podían ser dejados de lado.

Lentamente, el sector más moderado —encabezado por Cristiani— fue imponiendo su tónica al partido. El indicador del cambio, el cual comenzó en 1989, fue el tema del diálogo con el FMLN para poner fin a la guerra civil. No fue un cambio brusco, sino un giro bien medido, que no produjo rupturas, ni crisis en el partido. El discurso de toma de posesión de Cristiani es el mejor ejemplo de este giro: mantiene la retórica anticomunista, pero con un perfil bajo, y así abre la puerta para sostener, por un lado, el compromiso democrático del gobierno y, por el otro, para derivar de ese compromiso la necesidad de buscar una solución negociada al conflicto armado.

Los marxistas —dijo Cristiani— quieren hacer creer que sus soluciones son las únicas capaces de superar la pobreza y la marginalidad de nuestros pueblos. La historia está demostrando todo lo contrario: ellos lo que hacen es disfrazar la miseria con su colectivismo totalitario e impedir el progreso con una parálisis completa de todas las energías individuales de la sociedad.

La guerra marxista en El Salvador no tiene futuro. Tenemos la obligación histórica de terminar con esa guerra, y lo haremos con los medios que la misma democracia prevé.

La Constitución ordena al Presidente de la República procurar la armonía social del país. Cumpliremos escrupulosamente ese mandato, buscando entendimientos legales y políticos con todos los sectores. El FMLN es uno de esos sectores, y buscaremos de inmediato entrar en contacto con ellos, no para plantearles propues-

43. Cfr., “Crónica del mes, abril”, *ECA*, 486-487, 1989, p. 376.

44. *Ibíd.*, p. 377.

tas a fin de que ellos hagan contrapropuestas, y continuar en un juego sin fin, que sólo sirve de ejercicio propagandístico⁴⁵.

Enseguida, Cristiani enumeró los pasos que seguiría: analizar los mecanismos que agilicen el diálogo, construir una comisión de diálogo gubernamental, que esté en contacto con las personas designadas por el FMLN, el diálogo, una vez iniciado, no se suspenderá de forma unilateral, por ningún motivo, hasta llegar a plantear una solución global al conflicto, el gobierno se compromete a consultar de forma permanente a las fuerzas políticas legalmente establecidas, y los encuentros tendrán lugar, durante un tiempo prudencial, fuera de El Salvador⁴⁶.

El discurso pone de manifiesto que la ideología anticomunista y nacionalista, sin desaparecer, ya no tiene la misma fuerza que tuvo en los momentos fundacionales de ARENA. Los comunistas ya no son los enemigos a destruir, sino los rivales con quienes se tiene que negociar, lo cual supone reconocer los motivos de su lucha. Expresamente, Cristiani reconoció esos motivos: "comprendemos que profundos problemas sociales y económicos de larga data, que hay que atacar con sinceridad y con realismo, pero también comprendemos que esta guerra fue desatada por las fuerzas totalitarias marxista-leninistas, aprovechándose de esos problemas"⁴⁷. Es decir, no todos los males del país provienen de los comunistas; había males previos, de los cuales éstas se aprovecharon. Según este discurso presidencial, el fin de esos males no se alcanza con el exterminio de los comunistas, sino negociando con ellos, pues de lo contrario sería imposible superar la crisis económica y avanzar en la "liberalización" de las actividades productivas.

Este giro pragmático, obviamente, provocó malestar, en quienes preferían apostar por la erradicación del cáncer comunista, sin preocuparse por el futuro de los negocios. Sin embargo, las cartas estaban echadas. El sector "modernizante" de ARENA, cuya figura más emblemática era Cristiani, estaba dispuesto a disminuir el peso de la ideología para abrir paso a opciones menos radicales, en sus relaciones con el FMLN. Colocar al margen la ideología anticomunista y nacionalista, permitiría hacer del FMLN un interlocutor legítimo, cuyas posiciones

merecían ser escuchadas y tomadas en cuenta. Era un interlocutor al cual, en definitiva, habría que vencer más que vencer. Los tiempos no eran fáciles para el sector pragmático de ARENA, en especial a finales de 1989, cuando el FMLN lanzó su ofensiva militar "Al tope". A raíz de la ofensiva, los "duros" del partido se hicieron cargo de la situación. Más aún, muchos de los moderados se endurecieron ante el temor, esta vez más fundado que nunca, de que la izquierda armada se hiciera con el poder del Estado.

El desenlace de la ofensiva —el asesinato de los jesuitas de la UCA, la imposibilidad manifiesta de que, en el corto plazo, uno de los dos bandos se impusiera al otro por las armas y las presiones de la comunidad internacional— debilitó a quienes, a finales de 1989 y principios de 1990, habían logrado que la ideología anticomunista y nacionalista rigiera, de nuevo, el quehacer de ARENA. Pasado el susto de la ofensiva de noviembre, el sector pragmático retomó sus posiciones en el partido y puso en marcha la iniciativa anunciada por Cristiani, en su discurso de toma de posesión. Los pragmáticos de ARENA culminaron la primera etapa de su obra con la firma de los acuerdos de paz, en 1992. En estos documentos, tal como reconocen los expertos, hay poco (o casi nada) de ideología y mucho (o casi todo) de pragmatismo. Lo más urgente para las partes era acabar con la guerra, por lo tanto, era necesario establecer los acuerdos que lo permitieran: desmilitarización y reducción del ejército, desmovilización, desarme y conversión en partido político del FMLN, desaparición de los cuerpos de seguridad (Policía Nacional, Guardia Nacional y Policía de Hacienda), creación de un nuevo cuerpo policial, creación de la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos y reformas institucionales en el sistema judicial.

Desde el punto de vista de los intereses del grupo Cristiani —conformado por los jefes de las finanzas y el comercio—, el fin de la guerra era crucial para sacar adelante su estrategia de desarrollo económico que, a la postre, los llevaría a aumentar de forma significativa sus riquezas y a convertirse en los principales beneficiarios de la paz. Cristiani y su familia fueron, por lo demás, de los principales beneficiados con los cambios económi-

45. "Lic. Alfredo Cristiani. Discurso pronunciado por el presidente de la república", *ECA*, 488, 1989, p. 522.

46. *Ibíd.*

47. *Ibíd.*

cos que trajo el final de la guerra. Pero no sólo ellos. También resultaron beneficiados los grupos Poma y Baldochi Dueñas.

Cristiani Burkard aparecía, a comienzos de los ochenta, con 6 millones en activos de ocho empresas, ocupando uno de los escalones bajos del *ranking* de la élite. Si bien su madre era la heredera de uno de los grandes beneficiados de café, fue más bien su propia gestión administrativa de la fortuna de los Llach —de la que su esposa es una de las tres herederas—, lo que le permitió, en principio, multiplicar sus activos. Los beneficios Burkard y sus fincas y las de los Llach no dejaron de producir durante el conflicto, aun en aquellas zonas que estaban bajo el control del FMLN porque, a diferencia de otros, pagaba impuesto a la guerrilla y salarios aceptables a sus trabajadores. Se diversificó en sectores de rápido crecimiento, en esa época, como los seguros *SISA* —vinculado al sector financiero y bancario— o los laboratorios —un sector que junto con las farmacias dejaba márgenes de utilidad muy altos.

A comienzos de los noventa, sus beneficios y los de los Llach estaban en la bolsa de Nueva York. Entonces, una de las herederas de la fortuna de los Llach hizo públicas las diferencias familiares, por la forma en que estaba siendo administrado el capital. Según todas las fuentes, el salto definitivo lo dio al controlar el *Banco Cuscatlán*, gracias a la privatización, aunque el ex presidente asegura no poseer más del 3 por ciento de las acciones.

El heredero de los Poma, con activos de tan sólo 35 millones de colones, distribuidos en dieciocho empresas, durante los ochenta, hubiera sido uno de los “*Bobbys*”, a no ser porque se llama Ricardo y porque su familia no pertenece —tal vez nunca lo pretendió— al círculo de los apellidos rancieros. El abuelo fue un mecánico español, que llegó en la primera mitad de siglo, quien se concentró en negocios de rápida acumulación, desvinculados del café y del agro, como los bienes raíces. Al parecer, la acumulación original se dio al comprar a bajo precio terrenos baldíos, situados en áreas de previsible expansión urbana, y esperar a que aumen-



tan su plusvalía. Después establecieron distribuidoras de vehículos (ahora, *DIDEA*).

También se les atribuye la propiedad de los terrenos donde luego se construyó el aeropuerto de Miami. Un mecanismo parecido utilizaron en la zona de *Metrocentro*, *Metrosur* y en el *Boulevard Los Héroes* donde, en una parcela, todavía se encuentra la oficina central de *DIDEA*. Fueron los primeros distribuidores de camionetas —*Plymund*—, de *Ford* y *GM*. En los ochenta, empezaron a distribuir las marcas japonesas. Fueron también los primeros en incursionar en el turismo y la hostelería, construyendo el *Hotel Camino Real* y otros dos hoteles en la región —hay tres más en proyecto, en asociación con *Intercontinental Hotels*. Además de expandirse en la región y fuera de ella, desarrollaron industrias relacionadas con sus negocios; invirtieron en construcción (*Construcciones Roble* y *Estructuras Metálicas*), en *Taca* y, últimamente, también en la banca.

Baldochi Dueñas recuperó la decadencia de la fortuna principal de los sesenta. Aunque afectados por la reforma agraria y por una generación perdida, las haciendas que les quedaron y los derechos de reserva de la gran finca ubicada entre San Salvador y Santa Tecla —“El Espino”—, cuya propiedad disputaron y ganaron en la Corte Suprema de Justicia, les sirvieron para remontar la crisis. La expansión de la capital en esa dirección y la urbanización de la zona de Santa Elena —donde se encuentran la nueva embajada estadounidense y varios edificios para desarrollar actividades empresariales— multi-

plicó sus activos con rapidez. Antes de absorber la mayoría de las acciones del *Banco Agrícola Comercial*, ya tenían acciones en *Taca*⁴⁸.

En definitiva, Cristiani fue el llamado a encauzar el giro pragmático de ARENA. Un giro que hacía necesario poner en segundo término el anticomunismo y el nacionalismo fundacionales. María Dolores Albiac resume así este proceso: “Cristiani... fue promovido para ‘convertir’ al parlamentarismo a un ARENA que nació de la guerra sucia y del más virulento anticomunismo, aunque su gobierno estuvo mediatizado por el sector más duro del partido, en especial tras el asesinato de los jesuitas (1989). A diferencia de sus homólogas de Nicaragua y Guatemala, al apostar por la paz, la élite económica [salvadoreña] participó en el diseño de una transición que encarriló a la derecha y a la izquierda al parlamentarismo, que redujo el tamaño del ejército y lo regresó a los cuarteles, que eliminó a la guerrilla como fuerza armada y la convirtió en un contrapunto necesario para garantizar la institucionalidad y acelerar la modernización, todo ello sin tocar la economía”⁴⁹.

Con Cristiani comenzó un proceso de reforma económica, basada en un esquema neoliberal, cuyo eje principal fue la privatización de los activos del Estado, así como la reducción del sector público. Los dos gobiernos que siguieron al de Cristiani —el de Armando Calderón Sol (1994-1999) y el de Francisco Flores (1999-2004)— continuaron con este esquema. Así, la década de los noventa dejó, como herencia, una economía terciaria, con un sector agrícola en crisis y un sector industrial anclado en la maquila. ARENA privatizó la energía eléctrica, las telecomunicaciones y las pensiones. Quedan pendientes la salud y los puertos. Estas reformas han sido realizadas en nombre de la modernización, la democracia y el Estado de derecho. La convivencia con el FMLN ha estado salpicada de tensiones e incluso de exabruptos anticomunistas y nacionalistas, pero también de acuerdos y cooperación, entre ambos partidos.

En los años noventa, en coyunturas concretas, ARENA sacó a relucir el anticomunismo —en contiendas electorales y crisis sociales (huelgas, por ejemplo)— y lo usó para denigrar al FMLN. Ha sido, pues, un anticomunismo propagandístico, no de principios. Porque ahí donde el FMLN no ha

dado motivos para ser injuriado —porque se ha mostrado “colaborador” con las políticas económicas del gobierno o porque no ha dado señales de ser una amenaza electoral seria—, ARENA se ha olvidado del anticomunismo. Lo contrario también es cierto. Un FMLN demasiado entrometido o con potencialidad para conquistar cuotas significativas de poder —las elecciones legislativas y municipales de 2003— saca a relucir actitudes anticomunistas, tanto en ARENA como fuera de él. Se trata, por lo general y salvo las excepciones de quienes siguen siendo anticomunistas a la manera de los años setenta y ochenta, de un *anticomunismo pragmático*, es decir, que depende de las coyunturas y los beneficios que se pueden sacar de él.

En resumen, poner entre paréntesis el anticomunismo y el nacionalismo ha significado, para ARENA, por un lado, privilegiar otros compromisos y retos más de carácter económico; y, por el otro, contar con ellos como un recurso para situaciones de emergencia, aunque sin darle demasiado peso, esto es, sin permitir que el anticomunismo impida hacer negocios, aumentar las ganancias y expandir las empresas. Nadie quiere una guerra civil en El Salvador y muchos sus sectores más ricos. Ya vieron que, a la larga, no es negocio para ellos. El anticomunismo fanático subordina todo a la lucha contra los comunistas y eso no es rentable para el capital. Aceptan de buena gana una cierta dosis de anticomunismo, pero sin extremismos. Cabe sospechar, al menos como hipótesis, que quizás sólo una minoría de militantes y simpatizantes está plenamente identificada con el credo ideológico de ARENA, mientras que la otra parte —la mayoría— con dificultad podría justificar ideológicamente su vínculo electoral con este partido de derecha.

A finales de la década de los ochenta, salieron a relucir las primeras diferencias internas en ARENA. Se hicieron públicas cuando algunos miembros del partido decidieron buscar un acuerdo negociado con el FMLN para poner fin a la guerra civil. El sector más duro cuestionó al más moderado y pragmático, por no ser fiel a los ideales fundacionales. Los duros incluso exigieron a D’Aubuisson tomar las riendas del partido. Obviamente, no se podía negociar con el FMLN, si los principios anticomunistas fundacionales se mantenían en pie. Para traer la paz, tal como proponía Cristiani, el discurso anticomunista debía bajar de

48. M. D. Albiac, “Los ricos más ricos de El Salvador”, *ECA*, 612, 1999, pp. 852-853.

49. *Ibid.*, p. 857.

tono. Y, en efecto, eso es lo que hicieron los moderados que, junto con Cristiani, participaron en el proceso de diálogo y negociación. En el interior del partido, esto supuso socavar el eje de cohesión original. Una vez debilitado, no era extraño que las diferencias entre las figuras principales del partido —representativas de importantes grupos de interés— salieran a flote y amenazaran su unidad. Una vez aceptado el pragmatismo como línea de acción política, era clave conservar la unidad partidaria. Esto se consiguió con la apelación a la ideología anticomunista, pero sin llevarla hasta sus últimas consecuencias, sobre todo en situaciones críticas. Pero el éxito de la estrategia dependía de que un grupo capaz de poner en marcha un modelo económico neoliberal controlara la dirección del partido.

Era un equilibrio difícil de lograr. Desde 1992, la ideología anticomunista comenzó a perder relevancia como fuente de identidad y, por lo tanto, como factor de cohesión. El grupo que tomó las riendas del partido, en lugar de propiciar un modelo económico favorable a todos sus sectores, optó por favorecer casi de forma exclusiva al sector financiero, en detrimento, sobre todo, del sector agroexportador, en primer lugar, y también del sector industrial. La unidad del partido, muy sólida en la década de los ochenta, se erosionó en la década de los noventa. Prueba fehaciente de ello es la renuncia pública al partido (o las salidas por la puerta trasera) de figuras de primera importancia. Ejemplo de lo primero fueron Alfredo Mena Lagos y Orlando de Sola, quienes abandonaron el partido, en medio de fuertes críticas a lo que llamaron “el mercantilismo” de la conducción económica gubernamental. Una y otra vez, Mena y De Sola han criticado las políticas económicas de los gobiernos de ARENA, porque privilegian a un sector de la empresa privada, en detrimento de los otros. Luego salió del partido Gloria Salguero. Antes de abandonar ARENA, pidió que los “fundadores” recuperaran el espacio perdido, como su demanda no fue escuchada, decidió lanzarse a la vida política con otro partido de derecha, el Partido Popular Republicano (PPR)⁵⁰. Mientras tanto, Mirna Liévano de Márquez —Ministra de Planificación del gobierno de Armando Calderón Sol— representa a quienes dejaron el partido sin hacer mucho ruido.

50. Al momento de redactar estas líneas, Gloria Salguero había vuelto a incorporarse a ARENA. Este retorno debe ser visto como un intento de la cúpula —remozada tras las elecciones de marzo de 2003— por atraer a antiguos militantes quienes, en su momento, fueron claves para el partido.

51. Después de marzo de 2003, Mario Acosta adquirió un protagonismo enorme, en el COENA, como responsable de la ideología del partido.

Al cierre de la década de los noventa, las fricciones en ARENA fueron más evidentes. Se rompió el consenso para dirimir las diferencias a puerta cerrada. Las rivalidades entre los grupos de interés y las diferencias de enfoque de los problemas nacionales salieron a la luz pública, sin importar sus consecuencias políticas inmediatas. La disciplina partidaria, tal como quedó en evidencia en la disputa por las candidaturas para las elecciones presidenciales de 2004, fue irrespetada por los precandidatos. El caso más llamativo fue el de Mauricio Sandoval, quien se proclamó como tal al margen de los cauces institucionales. Antes de esto, luego de conocerse los resultados de las elecciones legislativas y municipales de 2003, los ex presidentes Calderón y Cristiani —presidentes honorarios de ARENA— hicieron duras críticas al presidente Francisco Flores, con lo cual pusieron en evidencia la endeble unidad del partido. Así, pues, el factor tradicional de unidad —la ideología anticomunista— había sido relegado a segundo plano. Pero el nuevo factor de unidad —una conducción económica que beneficia a los sectores representados en el partido— no cumplió con su cometido.

A la par que se relajaba la ideología anticomunista e irrumpía el pragmatismo, las exigencias del cuadro de confianza también se relajaron, en materia ideológica. Ahora se toman en cuenta más los criterios técnicos y de conveniencia política. Así, fueron llamados al partido técnicos —economistas, ingenieros, administradores, etc.— con un perfil anticomunista débil, pero dóciles para cumplir órdenes y ajustar la economía, diseñar planes tributarios o ejecutar los planes privatizadores. No es que los técnicos reemplazaran a los ideólogos —por ejemplo, los Mario Acosta Oertel⁵¹ y los René Figueroa siempre han tenido espacio—, sino que ahora éstos ya no estaban solos o no decidían, según criterios ideológicos, los rumbos del partido. Asimismo, el partido reclutó figuras que, sin antecedentes de derecha, eran aceptables políticamente. El caso más llamativo fue el de Evelyn Jacir —más cercana a la izquierda que a la derecha—, llamada a formar parte del gobierno de Flores como técnica y luego postulada como candidata a la alcaldía de San Salvador. En este caso, las exigencias ideológicas fueron dejadas de lado y se impuso el

pragmatismo político. Tanto es así que la ex ministra no fue bien vista por muchos nostálgicos del anticomunismo, quienes la vieron como una entrometida. No se dieron cuenta de que el partido estaba repleto de entrometidos, una vez que los mecanismos de selección de sus miembros y las exigencias ideológicas se relajaron.

En la década de los noventa —después de firmada la paz— las afinidades de ARENA eran formalmente las mismas que las de la década anterior; lo mismo sucede a sus rivales. En ambos casos hay variantes relacionadas con los cambios institucionales, introducidos a raíz de la firma de los acuerdos de paz. Sin embargo, el carácter y el contenido de esas afinidades y rivalidades cambiaron. Por el lado de las afinidades, hacia el interior del país, los sectores empresariales siguen siendo los más cercanos, pero de forma diferenciada: hay más cercanía con los banqueros que con los agricultores, más con los grandes comerciantes que con los industriales. Se trata de una cercanía basada no en la “defensa de la empresa privada”, sino en la promoción y expansión de sus actividades. La Asociación Nacional de la Empresa Privada y la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES) han sido las instituciones empresariales más cercanas a los tres gobiernos de ARENA. En segundo lugar, hay cercanía con los medios de comunicación de derecha: más con *El Diario de Hoy* y menos con *La Prensa Gráfica*, y casi siempre con la *Telecorporación Salvadoreña* (TCS). En tercer lugar, la Fuerza Armada, a la que, tras su reducción, se le respeta su presupuesto y se la utiliza en actividades de seguridad pública. En cuarto lugar, la Policía Nacional Civil, cuyo director es nombrado por el Presidente de la República. Esta cercanía de la policía con ARENA es manifiesta. Sus dos últimos directores han terminado siendo miembros de ese partido: Rodrigo Ávila fue diputado y candidato a alcalde y Mauricio Sandoval se postuló como precandidato a la Presidencia de la República. Finalmente, hay gran afinidad con sectores religiosos y sectas protestantes conservadores. Hacia fuera, el gran aliado sigue siendo Estados Unidos, aunque no tanto por razones militares, sino económicas. Un segundo aliado es el gobierno español, el cual se ha acercado al de Flores. Los países amigos de Estados Unidos lo son también de ARENA: Inglaterra, en primer lugar, pero también el resto de los que forman el G-8.

Por lo que se refiere a los opuestos a ARENA, en el plano interno está, en primer lugar, el FMLN. Es una oposición partidaria y legal, es decir, ambos deben convivir y aceptar mutuamente. También se toma como opuesto al Centro Democrático Unido, pues a sus figuras principales las considera de izquierda. Desde hace poco, el Partido de Conciliación Nacional también está en la lista de la oposición, junto con el Partido Demócrata Cristiano. En segundo lugar, los sindicatos y gremios de profesionales como el de los médicos. En tercer lugar, la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos, la cual es vista como instrumento de la izquierda para socavar al gobierno, lo mismo que la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. En cuarto lugar, religiosos, religiosas y laicos que organizan a la población y promueven su participación. Finalmente, periódicos como el *Colatino*, que critican el ejercicio político de ARENA. Hacia fuera, el gran opositor es el régimen cubano. También los gobiernos que Estados Unidos considera enemigos —Corea del Norte, Irán, etc.

Por último, estas relaciones de afinidad y oposición, a diferencia de lo sucedido en los ochenta, no están condicionadas por razones ideológicas, sino por razones de conveniencia económica y política, esto es, por razones pragmáticas. Los acercamientos o alejamientos (la afinidad y la oposición) no son firmes, ni absolutos, sino que pueden modificarse: el aliado de ahora puede no serlo mañana y, a la inversa, el opositor de ahora, puede ser el aliado de mañana. Todo depende de la ventaja o desventaja (política o económica) que ello suponga. Así, ideológicamente, ARENA y el Partido de Conciliación Nacional deberían formar una alianza consistente; sin embargo, el segundo ha hecho a un lado su afinidad ideológica con el primero y baraja la conveniencia de otras alianzas. El Partido de Conciliación Nacional y el FMLN son ideológicamente opuestos, pero su relativo acercamiento es posible por el pragmatismo de sus dirigencias. No todo es pragmatismo, pero quienes claman por los principios no logran hacerse escuchar del todo. Esto sucede, al parecer, en todos los partidos.

4.2. Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)

Si en ARENA el anticomunismo y el nacionalismo cedieron su lugar a los arreglos políticos de

carácter pragmático, en el FMLN, el compromiso socialista revolucionario —el soporte ideológico fundamental de su creación como ejército insurgente— se convirtió, de forma gradual, en un mero recurso retórico, desvinculado del ejercicio político posterior a los acuerdos de paz. De hecho, ese debilitamiento de las convicciones ideológicas del FMLN —el “ablandamiento” ideológico del partido de izquierda— comenzó en los momentos decisivos de la firma de los acuerdos de Nueva York (1991) y Chapultepec (1992).

Antes hubo una serie de acercamientos entre los insurgentes y el gobierno de Duarte —los cuales culminaron en los encuentros de Ayagualo, La Palma y la Nunciatura—, pero, en la perspectiva del FMLN, esos acercamientos eran parte de su estrategia revolucionaria y no su sustitución. Del lado gubernamental, la situación era la misma, es decir, esos diálogos estaban subordinados a un propósito más importante: fortalecer la posición político-militar propia y debilitar la del enemigo, al cual, a la larga, se pretendía derrotar por la vía militar. El compromiso estratégico del FMLN por hacerse con el poder político, a través de la violencia revolucionaria e instaurar un régimen socialista, culminó con la campaña militar, iniciada el 30 de octubre de 1989, denominada “Todos al tope contra ARENA y la Tandoná”. En su contexto tuvo lugar la ofensiva del 11 de noviembre, denominada “Fuera los fascistas. Febe Elizabeth vive”, considerada por muchos como el mayor ataque militar de los diez años de guerra civil⁵².

La ofensiva de noviembre de 1989 era parte de la estrategia del FMLN, diseñada a finales de 1986 y recogida en el documento “Fase preparatoria de la contraofensiva estratégica”, donde se pueden leer cosas como estas:

Hemos conseguido un aceptable nivel de correspondencia entre la lucha militar y la lucha política; en ambos terrenos se han abierto nuevas posibilidades de crecimiento y están actuando diversas categorías de fuerzas. Sin embargo, en ambos terrenos necesitamos ascender en cuanto a incremento de la magnitud de los golpes y en cuanto a acortar el tiempo que transcurre entre uno y otro golpe de significación estratégica, sin que ello signifique disminución,

sino al contrario, induzca a la multiplicación y radicalización de pequeñas acciones.

Lo que resta de 1986 y 1987 debemos ocuparlo en asegurar la consolidación de los instrumentos orgánicos y la acumulación de nuevos niveles de acción y radicalización que nos posibilitan dar el salto estratégico en el marco de las coyunturas que se presentarán en 1988-89.

No obstante lo anterior, 1988 se aparece como el mejor o más apropiado momento para lanzar la contraofensiva. A esas alturas, el andamiaje partidario del FMLN tendría un desarrollo considerable y a nivel de organización y experiencia acumulada por el movimiento de masas sería muy grande, la acumulación de fuerzas insurreccionales tendría aislado al máximo al régimen, las elecciones se evidenciarían como incapaces de ofrecer cualquier solución a los elementos más atrasados, etc.

Si las masas se lanzan más o menos espontáneamente a la lucha más decidida y se disponen a insurreccionarse, no debemos desalentarlas, al contrario, debemos darles confianza de que haremos lo que le corresponde hacer a su vanguardia y a su ejército revolucionario⁵³.

Lecturas posteriores de esa ofensiva, hechas por los líderes del partido de izquierda, han pretendido presentarla como un esfuerzo bélico, encaminado a forzar una negociación definitiva con el gobierno de Cristiani. Sin restarle la dosis de verdad que tal apreciación pueda tener, el empeño militar de la ofensiva, así como su simbolismo ideológico, no dejan lugar a dudas sobre su apuesta revolucionaria. En este sentido, la ofensiva del 11 de noviembre debe ser vista como el último esfuerzo del FMLN por hacerse con el poder del Estado por la vía armada. Quizás también pensó, como segunda opción, que si se fracasaba, debía forzar al gobierno a negociar lo más pronto posible. A lo mejor no se ganaba la guerra, pero se demostraba el poderío militar, con lo cual se dejaba claro que la negociación, además de ser urgente, iba a ser entre dos fuerzas militarmente iguales.

Ninguno de los dos adversarios salió derrotado de la ofensiva. Esta confirmó que las fuerzas de ambos eran similares, por lo tanto, la guerra podía

52. Cfr. “Intensa ofensiva militar del FMLN”. *Proceso* 409, 29 de noviembre de 1989, pp. 10-16.

53. Comandancia General del FMLN, “Fase preparatoria de la contraofensiva estratégica”, 1986, pp. 2-4.

prolongarse muchos años más. Al FMLN, la ofensiva le dejó claro que doblegar a la Fuerza Armada no era fácil y que lo más prudente, si no deseaba prolongar el conflicto, era encauzar las energías revolucionarias —sostenidas con su poder militar— hacia la solución negociada. Una vez asumida esta segunda alternativa, los cambios en el comportamiento y el discurso eran ineludibles. Estratégicamente, el objetivo de tomar el poder, a través de la violencia revolucionaria, fue reemplazado por el de terminar el conflicto, mediante una negociación con el gobierno. El viraje pronto encontró su justificación. Los dirigentes de una izquierda a punto de desarmarse dijeron que la vocación democrática era parte del proyecto revolucionario. Este es el tono de un artículo de Joaquín Villalobos, publicado en febrero de 1989⁵⁴ —antes de la última ofensiva del FMLN, cuando el agotamiento de la lucha político militar era discutido, en el seno del ejército guerrillero. “La flexibilidad y la apertura de la revolución —dice en el mencionado artículo— no son un resultado condicionado ni una concesión, sino una expresión más pura del carácter democrático de los cambios revolucionarios que pueden y deben ser defendidos por una sólida correlación de fuerzas y también por un programa democrático flexible y representativo de amplios sectores, tendencias y realidades internas y externas... Las revoluciones son esencialmente democráticas, pues su propósito es crear la democracia real para todo el pueblo en lo económico y lo político”⁵⁵. Tras la ofensiva de noviembre de 1989, esta interpretación del rol de la izquierda armada, en el proceso político salvadoreño, comenzó a ser asumida no sólo por los líderes históricos del FMLN, sino también —y no sin dificultades— por sus mandos medios. En septiembre de 1990, en el documento “Proclama a la nación. La revolución democrática”, la comandancia general plantea una postura que, hasta la firma de

... estas relaciones de afinidad y oposición, a diferencia de lo sucedido en los ochenta, no están condicionadas por razones ideológicas, sino por razones de conveniencia económica y política [...] el aliado de ahora puede no serlo mañana y, a la inversa, el opositor de ahora, puede ser el aliado de mañana.

los acuerdos de paz, rigió su comportamiento estratégico.

El FMLN —dice el numeral cuatro del mencionado documento— está inspirado en el pensamiento democrático, patriótico, revolucionario y popular de la nación. Las armas del FMLN no son para imponerse a la sociedad, son para terminar con el militarismo y con el poder de imposición que dan las armas, son para reivindicar a la sociedad civil y poder así realizar junto a todas las fuerzas un conjunto de profundos cambios en el sistema político y económico, que le den igualdad a su vez (*sic*) la defensa de los intereses más pobres de la sociedad, encaminando así al país al fin de la injusticia social. La revolución democrática nacional significa cuatro

grandes cambios: el fin del militarismo, el nuevo orden económico social, la democratización nacional y el rescate de la soberanía y política exterior independiente⁵⁶.

Una vez convertido a la lucha por la democracia, los comportamientos y las actitudes intransigentes y radicales del FMLN cedieron ante comportamientos y actitudes más moderados.

Cuando la derrota militar del gobierno era la meta fundamental de la lucha revolucionaria, en las reuniones de las comisiones negociadoras se discutió el radicalismo del equipo negociador de la insurgencia, el cual paralizaba el proceso. Cuando ese objetivo fue descartado, el FMLN encaró con seriedad las negociaciones, que llevaron a la firma de los acuerdos de paz. Una de las características del proceso fue el pragmatismo de los insurgentes, el cual sólo se explica por la puesta entre paréntesis (o incluso el olvido) de los compromisos políticos e ideológicos, que habían animado al movimiento insurgente, a lo largo de la década de los ochenta.

Después de firmada la paz, el FMLN se convirtió en un partido político legal. De este momen-

54. *Cfr.*, J. Villalobos, “Perspectivas de victoria y proyecto revolucionario”, *ECA* 483-484, 1989, p. 41.

55. *Ibid.*

56. FMLN, “Proclama a la nación. La revolución democrática”, *ECA* 503, 1990, p. 810.

to, sus dirigentes se dedicaron a hacer del partido una institución competitiva, desde el punto de vista electoral. Y aunque en los estatutos se lo define como un "Partido Político democrático, revolucionario y socialista", en la práctica, pesan más los compromisos y las exigencias democráticas —de la democracia "formal" tan denostada en el pasado— que el ideario revolucionario y socialista, al cual se recurrirá eventualmente, pero más con intenciones retóricas que con el propósito de convertirlo en norma de conducta. Las conductas serán determinadas por las conveniencias del momento —electorales, fortalecer su posición en el parlamento, socavar algunas iniciativas del gobierno—, no por los principios ideológicos. Los derrotados del FMLN, desde 1992 hasta el presente, están marcados más por el predominio de los compromisos y las decisiones pragmáticas que por la fidelidad a unos principios ideológicos socialistas y revolucionarios. Con todo, esos principios no han desaparecido de su imaginario. En la actualidad, son un recurso retórico apropiado para soliviantar los ánimos de los más rebeldes, lo cual le permite mantener una identidad ideológica que, aunque trasnochada, sirve de eje para delimitar la identidad del partido de izquierda frente a los demás.

El ablandamiento ideológico que facilitó la negociación con el gobierno, trajo como consecuencia inmediata el debilitamiento de la cohesión interna que había mantenido unidas a las cinco organizaciones. Esa cohesión no estaba motivada sólo por razones ideológicas, sino que obedecía también a razones militares: separados, los grupos político-militares hubieran sido presa relativamente fácil para la Fuerza Armada. Pero esa unidad militar estaba sostenida por un compromiso ideológico compartido: la lucha por la revolución y el socialismo.

Al firmarse la paz, desaparecieron las razones de orden militar para mantener la unidad. La ideología socialista revolucionaria dejó de ser signo de identidad y norma de conducta de dirigentes y mandos medios. El pacto de unidad de 1980 se rompió. Simultáneamente, el partido se desvinculó de

las bases sociales que, durante doce años de guerra, estuvieron a su lado. La articulación orgánica del ejército guerrillero y los grupos sociales de bases —más en la zona rural que urbana— se convirtió en una relación de clientelas electorales —que conforman buena parte del "voto duro" del partido. Si durante la guerra, amplios grupos sociales se sintieron parte del FMLN —más aún, consideraron que ellos eran el FMLN⁵⁷—, al volverse partido, sus miembros serán —al igual que en los otros partidos— los afiliados con carné. Sus miembros tendrán atribuciones desiguales: la cúpula concentrará el poder y los recursos, las estructuras intermedias harán eco a las decisiones de la cúpula y los militantes —en su mayoría miembros de las directivas comunales— desarrollarán el trabajo de calle —pintas, movilizaciones, cuidado de urnas—, en los procesos electorales.

Al mismo tiempo hubo rupturas institucionales graves. La primera —anunciada al firmar la paz— fue irreversible después de las elecciones de marzo de 1994. En mayo de ese año, cuando se instaló la nueva Asamblea Legislativa, la llamada fracción socialdemócrata del FMLN —formada por Expresión Renovadora del Pueblo, tal como dio en llamarse el antiguo Ejército Revolucionario del Pueblo y la Resistencia Nacional— calificó algunas actitudes del partido como irreflexivas, fanáticas y autoritarias. Estos calificativos fueron hechos a raíz de los debates para conformar la junta directiva de la nueva Asamblea⁵⁸. En ese momento, los implicados en la polémica negaron que se tratara de una división en el FMLN. "La unidad del Frente se mantiene", enfatizó, en esa oportunidad, Joaquín Villalobos. Por su parte, Eugenio Chicas declaró que "la división generada en el pleno no pone en riesgo la unidad del FMLN"⁵⁹.

Con todo, poco después, el Consejo Nacional del FMLN decidió censurar a los siete diputados que participaron en la elección de la junta directiva —en la cual aceptaron dos puestos—, así como a Joaquín Villalobos, a quien se hizo responsable de la decisión⁶⁰. A partir de este momento, el desen-

57. Aun ahora, no es extraño escuchar decir a pobladores de Guarjila, San José Las Flores, Nueva Trinidad o Arcatao que el FMLN son ellos, no las estructuras partidarias, la cúpula o los militantes afiliados.

58. Concretamente, el Partido Comunista, las Fuerzas Populares de Liberación y el Partido Revolucionario de los Trabajadores se negaron a participar en la junta directiva, en protesta por las modificaciones hechas al reglamento interno por la Asamblea saliente. Cfr. "Preocupantes conflictos en el FMLN", *Proceso* 609, 4 de mayo de 1994, pp. 2-3; "La instalación de la nueva Asamblea Legislativa", *Proceso* 609, 4 de mayo de 1994, pp. 4-6.

59. Las opiniones de Villalobos y Chicas están recogidas en *Proceso*, *ibíd.*, p. 5.

60. Cfr., "Crisis en el FMLN". *Proceso* 611, 18 de mayo de 1994, pp. 2-3.

lace era inminente: tras renunciar abiertamente al marxismo leninismo⁶¹, anunció, a través de Villalobos, que abandonaba el FMLN para constituir, junto con el desaparecido Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y la Resistencia Nacional, un nuevo partido de tendencia socialdemócrata⁶².

Con la salida de la Expresión Renovadora del Pueblo y la Resistencia Nacional, todo parecía indicar que el FMLN gozaría de estabilidad. Pero dos nuevos conflictos comenzaron a incubarse en su interior. Las tres organizaciones —o tendencias— que permanecieron se disputaron la hegemonía del partido. Las dos más fuertes llegaron a un acuerdo. El Partido Comunista controlaría el partido primero y luego lo harían las Fuerzas Populares de Liberación Nacional. A continuación, un sector se proclamó “renovador”, mientras que el otro fue llamado “ortodoxo”. Este conflicto fue más largo y grave. La convención nacional de diciembre de 1997 dio a los primeros —dirigidos por Facundo Guardado— el control del partido⁶³. Era claro que los “ortodoxos” —dirigidos por Schafik Handal y Leonel Cruzález— no se iban a quedar con los brazos cruzados. Y así comenzó a incubarse una nueva pugna, la cual desembocó en una nueva ruptura. Tras el fracaso electoral de Guardado, en 1999, en la convención extraordinaria de mayo de ese año, los ortodoxos no ocultaron su deseo de sacudirse a Guardado y a los renovadores⁶⁴.

En la convención nacional extraordinaria de julio de ese año, lograron que Guardado dejara la coordinación general del partido y en su lugar pusieron a uno de los suyos, Fabio Castillo⁶⁵. Desde esa convención, la ruptura entre renovadores y ortodoxos —y con ello, el destino de Guardado y los suyos— estaba sellado. Las convenciones nacionales de 2000 y 2001 fueron decisivas a este respecto. Así, el día anterior a la convención de 2000 —efectuada el 18 de junio—, los renovadores se

reunieron para definir los temas de la agenda. Los ortodoxos vieron en esto no sólo una amenaza para la unidad del FMLN, sino para consolidar el partido como una alternativa de gobierno, en 2004⁶⁶. Handal y Sánchez Cerén prepararon el terreno para deshacerse de una buena vez de Guardado y los renovadores. A finales de mayo de 2001, fue electa una comisión nacional transitoria que, por mandato del consejo nacional, dirigiría los destinos del FMLN, hasta diciembre de ese año. Como era de esperarse, los principales líderes renovadores quedaron fuera de dicha comisión⁶⁷. El 1 de octubre se consumó la ruptura, cuando el tribunal de honor expulsó a Facundo Guardado, acusado de infracciones al reglamento interno del partido⁶⁸.

Con la expulsión, Schafick Handal y Salvador Sánchez Cerén quedaron como dirigentes del FMLN. La retórica ideológica socialista revolucionaria subió de tono, pero sin adquirir la firmeza de antes y sin llegar a convertirse en norma de conducta de los cuadros del partido. Más aún, desde ese entonces, esa retórica ha estado subordinada a lo que, desde agosto de 2002, se convirtió en el eslogan rector del quehacer del FMLN: el documento-propuesta *Democracia, prosperidad y justicia social*, hecho público a mediados de ese mes. Como se dice en el editorial de *Proceso* del 21 de agosto de 2002, es curioso que “la apuesta por un modelo socialista se mezcle —sin el mayor fundamento y sin el menor espíritu crítico— con una apuesta por la democracia representativa. No es que el socialismo y la democracia sean incompatibles, pero el diseño de un modelo de desarrollo que los articule más o menos coherentemente no es cosa fácil”⁶⁹.

Esa mezcla se dio no sólo en el discurso más elaborado, sino también en el más combativo y panfletario, donde la retórica revolucionaria y socialista predomina con mayor facilidad. Esta retórica —hay que decirlo— no sólo ha servido para

61. Cfr., “La renuncia del ERP al marxismo leninismo”, *Proceso* 616, 22 de junio de 1994, pp. 7-9.

62. Cfr., “La salida del ERP del FMLN”, *Proceso* 639, 7 de diciembre de 1994, pp. 4-5.

63. En esa convención, Schafik Handal fue relevado del organismo de dirección del partido y Facundo Guardado fue electo coordinador general. Cfr., “A propósito de la Convención Nacional del FMLN”, *Proceso* 786, 10 de diciembre de 1997, pp. 4-5.

64. Cfr., “Perspectivas del FMLN”, *Proceso* 854, 12 de mayo de 1999, pp. 2-3.

65. Cfr., “El FMLN no termina de convencer”, *Proceso* 865, 11 de agosto de 1999, pp. 4-5.

66. Cfr., “El FMLN y la coyuntura actual”, *Proceso* 907, 21 de junio de 2000, pp. 4-6.

67. Cfr., “El FMLN no encuentra su rumbo”, *Proceso* 954, 6 de junio de 2001, pp. 2-3.

68. Cfr., “Cronología del 2001”, *Proceso* 981, 19 de diciembre de 2001, p. 49.

69. La propuesta del FMLN”, *Proceso* 1012, 21 de agosto de 2002, p. 2.

soliviantar los ánimos de los grupos más radicales, sino para alarmar a los grupos de la derecha anticomunistas, los cuales han encontrado en ella la prueba irrefutable de que, si este partido llega a la Presidencia de la República, implantará un modelo socialista al estilo cubano. Pero tales temores son infundados. Por eso, cuando los temores de la derecha alcanzan su clímax —tal como sucedió en los meses que siguieron a las elecciones de marzo de 2003—, la dirigencia del FMLN ha insistido en que, si llegara a la Presidencia de la República, ampliaría las “relaciones con los países del mundo, sin discriminación alguna” y en particular, “un respeto mutuo y cooperación con los Estados Unidos de América, en aquellos temas de común interés para nuestros pueblos... [porque] es del interés de El Salvador y de los Estados Unidos de América que en esta región del mundo se afiancen los procesos políticos democráticos, se supere la pobreza, se detenga la destrucción del medio ambiente, se persiga a los narcotraficantes, se sancione el lavado de dinero y se ponga freno a cualquier actividad terrorista... Los inversionistas de las empresas pueden estar tranquilos, pues no queremos afectar sus inversiones, ni mucho menos renacionalizar estas empresas”⁷⁰.

Ni revolución, ni socialismo, sino —como afirma en la “Carta a la nación”—, “convertir a El Salvador en un país seguro y habitable [lo cual] pasa por establecer un verdadero Estado de derecho. Para lograrlo nos proponemos trabajar por un país en el cual las leyes tengan un efectivo cumplimiento y nadie esté fuera del alcance de la justicia. El respeto a las leyes y particularmente a la Constitución deberá ser lo que guíe la actividad del gobierno y de todos los ciudadanos. Los transgresores de las mismas, cualquiera sea su condición social y económica o su filiación política, deberán enfrentar todo el peso de la justicia. Sólo así lograremos que El Salvador deje de ser la tierra donde la corrupción, el crimen organizado y el tráfico de influencias paseen con impunidad”⁷¹.

70. Comisión Política del FMLN, “Carta a la nación”, *La Prensa Gráfica*, 17 de junio de 2003.

71. *Ibíd.*

72. Recién terminadas de escribir estas líneas, el FMLN y un conjunto de organizaciones de la sociedad civil hicieron público el comunicado “Alianza político social por el cambio”, en uno de cuyos párrafos se lee lo siguiente: “afirmamos que la integración de los sectores sociales es un esfuerzo para llegar a un entendimiento político y social con el FMLN, este esfuerzo está encaminado a luchar por un cambio de gobierno que logra sacar al país de la crisis económica, combatir la pobreza y establecer un verdadero Estado Social y Democrático de derecho”. Y más adelante, “esta Alianza se caracteriza por una relación horizontal, sin subordinación, en la que se reconoce y respeta la identidad de cada uno”. “Alianza político social por el cambio”, *La Prensa Gráfica*, 26 de septiembre de 2003.

En suma, en la postguerra, el FMLN —incluso bajo el control de los comunistas— se ha ablandado ideológicamente. El debilitamiento de su cohesión ideológica se ha manifestado, por un lado, en el alejamiento del aparato partidario de las bases sociales que lo acompañaron cuando era un ejército insurgente; y, por otro, en las crisis institucionales que llevaron a la renuncia de Joaquín Villalobos y, después, a la expulsión de Facundo Guardado. Ese ablandamiento ideológico facilitó los comportamientos y compromisos pragmáticos: desde los acuerdos legislativos con ARENA, en aspectos claves de la vida social y económica del país, pasando por la selección de sus candidatos —fue este pragmatismo el que permitió a Héctor Silva ser, por un tiempo, el delfín del FMLN— hasta los acercamientos con el Partido de Conciliación Nacional, que siguieron a las elecciones de marzo de 2003 —que se abortaron no por principios, sino por la cuota de poder que este partido pidió (o que el FMLN estaba dispuesto a compartir), si ganaba las elecciones presidenciales del próximo año.

Las relaciones del FMLN con otros actores sociopolíticos han variado en la postguerra, aunque se mantienen ciertos esquemas de afinidad y oposición, formalmente semejantes a los de la década de los años ochenta. En el interior del país, las afinidades del FMLN se decantan, en primer lugar, hacia el movimiento social, sobre todo cuando cuestiona —con movilizaciones de calle o huelgas— la privatización, los tratados de libre comercio o, más en general, el neoliberalismo⁷². En segundo lugar, hay una fuerte afinidad con grupos de estudiantes organizados de la Universidad de El Salvador, que suelen apoyar de manera incondicional la causa del FMLN, siempre y cuando ésta apunte a algo más que a consolidar el proceso de democratización. En esos casos, afinidad no significa subordinación, ni ausencia de tensiones o diferencias, sino proximidad de compromiso y, hasta cierto punto, coincidencia de metas. En tercer lugar, están las comu-

lance era inminente: tras renunciar abiertamente al marxismo leninismo⁶¹, anunció, a través de Villalobos, que abandonaba el FMLN para constituir, junto con el desaparecido Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y la Resistencia Nacional, un nuevo partido de tendencia socialdemócrata⁶².

Con la salida de la Expresión Renovadora del Pueblo y la Resistencia Nacional, todo parecía indicar que el FMLN gozaría de estabilidad. Pero dos nuevos conflictos comenzaron a incubarse en su interior. Las tres organizaciones —o tendencias— que permanecieron se disputaron la hegemonía del partido. Las dos más fuertes llegaron a un acuerdo. El Partido Comunista controlaría el partido primero y luego lo harían las Fuerzas Populares de Liberación Nacional. A continuación, un sector se proclamó “renovador”, mientras que el otro fue llamado “ortodoxo”. Este conflicto fue más largo y grave. La convención nacional de diciembre de 1997 dio a los primeros —dirigidos por Facundo Guardado— el control del partido⁶³. Era claro que los “ortodoxos” —dirigidos por Schafik Handal y Leonel González— no se iban a quedar con los brazos cruzados. Y así comenzó a incubarse una nueva pugna, la cual desembocó en una nueva ruptura. Tras el fracaso electoral de Guardado, en 1999, en la convención extraordinaria de mayo de ese año, los ortodoxos no ocultaron su deseo de sacudirse a Guardado y a los renovadores⁶⁴.

En la convención nacional extraordinaria de julio de ese año, lograron que Guardado dejara la coordinación general del partido y en su lugar pusieron a uno de los suyos, Fabio Castillo⁶⁵. Desde esa convención, la ruptura entre renovadores y ortodoxos —y con ello, el destino de Guardado y los suyos— estaba sellado. Las convenciones nacionales de 2000 y 2001 fueron decisivas a este respecto. Así, el día anterior a la convención de 2000 —efectuada el 18 de junio—, los renovadores se

reunieron para definir los temas de la agenda. Los ortodoxos vieron en esto no sólo una amenaza para la unidad del FMLN, sino para consolidar el partido como una alternativa de gobierno, en 2004⁶⁶. Handal y Sánchez Cerén prepararon el terreno para deshacerse de una buena vez de Guardado y los renovadores. A finales de mayo de 2001, fue electa una comisión nacional transitoria que, por mandato del consejo nacional, dirigiría los destinos del FMLN, hasta diciembre de ese año. Como era de esperarse, los principales líderes renovadores quedaron fuera de dicha comisión⁶⁷. El 1 de octubre se consumó la ruptura, cuando el tribunal de honor expulsó a Facundo Guardado, acusado de infracciones al reglamento interno del partido⁶⁸.

Con la expulsión, Schafick Handal y Salvador Sánchez Cerén quedaron como dirigentes del FMLN. La retórica ideológica socialista revolucionaria subió de tono, pero sin adquirir la firmeza de antes y sin llegar a convertirse en norma de conducta de los cuadros del partido. Más aún, desde ese entonces, esa retórica ha estado subordinada a lo que, desde agosto de 2002, se convirtió en el esquema rector del quehacer del FMLN: el documento-propuesta *Democracia, prosperidad y justicia social*, hecho público a mediados de ese mes. Como se dice en el editorial de *Proceso* del 21 de agosto de 2002, es curioso que “la apuesta por un modelo socialista se mezcle —sin el mayor fundamento y sin el menor espíritu crítico— con una apuesta por la democracia representativa. No es que el socialismo y la democracia sean incompatibles, pero el diseño de un modelo de desarrollo que los articule más o menos coherentemente no es cosa fácil”⁶⁹.

Esa mezcla se dio no sólo en el discurso más elaborado, sino también en el más combativo y panfletario, donde la retórica revolucionaria y socialista predomina con mayor facilidad. Esta retórica —hay que decirlo— no sólo ha servido para

61. Cfr., “La renuncia del ERP al marxismo leninismo”, *Proceso* 616, 22 de junio de 1994, pp. 7-9.

62. Cfr., “La salida del ERP del FMLN”, *Proceso* 639, 7 de diciembre de 1994, pp. 4-5.

63. En esa convención, Schafik Handal fue relevado del organismo de dirección del partido y Facundo Guardado fue electo coordinador general. Cfr., “A propósito de la Convención Nacional del FMLN”, *Proceso* 786, 10 de diciembre de 1997, pp. 4-5.

64. Cfr., “Perspectivas del FMLN”, *Proceso* 854, 12 de mayo de 1999, pp. 2-3.

65. Cfr., “El FMLN no termina de convencer”, *Proceso* 865, 11 de agosto de 1999, pp. 4-5.

66. Cfr., “El FMLN y la coyuntura actual”, *Proceso* 907, 21 de junio de 2000, pp. 4-6.

67. Cfr., “El FMLN no encuentra su rumbo”, *Proceso* 954, 6 de junio de 2001, pp. 2-3.

68. Cfr., “Cronología del 2001”, *Proceso* 981, 19 de diciembre de 2001, p. 49.

69. La propuesta del FMLN”, *Proceso* 1012, 21 de agosto de 2002, p. 2.

soliviantar los ánimos de los grupos más radicales, sino para alarmar a los grupos de la derecha anticomunistas, los cuales han encontrado en ella la prueba irrefutable de que, si este partido llega a la Presidencia de la República, implantará un modelo socialista al estilo cubano. Pero tales temores son infundados. Por eso, cuando los temores de la derecha alcanzan su clímax —tal como sucedió en los meses que siguieron a las elecciones de marzo de 2003—, la dirigencia del FMLN ha insistido en que, si llegara a la Presidencia de la República, ampliaría las “relaciones con los países del mundo, sin discriminación alguna” y en particular, “un respeto mutuo y cooperación con los Estados Unidos de América, en aquellos temas de común interés para nuestros pueblos... [porque] es del interés de El Salvador y de los Estados Unidos de América que en esta región del mundo se afiancen los procesos políticos democráticos, se supere la pobreza, se detenga la destrucción del medio ambiente, se persiga a los narcotraficantes, se sancione el lavado de dinero y se ponga freno a cualquier actividad terrorista... Los inversionistas de las empresas pueden estar tranquilos, pues no queremos afectar sus inversiones, ni mucho menos renacionalizar estas empresas”⁷⁰.

Ni revolución, ni socialismo, sino —como afirma en la “Carta a la nación”—, “convertir a El Salvador en un país seguro y habitable [lo cual] pasa por establecer un verdadero Estado de derecho. Para lograrlo nos proponemos trabajar por un país en el cual las leyes tengan un efectivo cumplimiento y nadie esté fuera del alcance de la justicia. El respeto a las leyes y particularmente a la Constitución deberá ser lo que guíe la actividad del gobierno y de todos los ciudadanos. Los transgresores de las mismas, cualquiera sea su condición social y económica o su filiación política, deberán enfrentar todo el peso de la justicia. Sólo así lograremos que El Salvador deje de ser la tierra donde la corrupción, el crimen organizado y el tráfico de influencias paseen con impunidad”⁷¹.

En suma, en la postguerra, el FMLN —incluso bajo el control de los comunistas— se ha ablandado ideológicamente. El debilitamiento de su cohesión ideológica se ha manifestado, por un lado, en el alejamiento del aparato partidario de las bases sociales que lo acompañaron cuando era un ejército insurgente; y, por otro, en las crisis institucionales que llevaron a la renuncia de Joaquín Villalobos y, después, a la expulsión de Facundo Guardado. Ese ablandamiento ideológico facilitó los comportamientos y compromisos pragmáticos: desde los acuerdos legislativos con ARENA, en aspectos claves de la vida social y económica del país, pasando por la selección de sus candidatos —fue este pragmatismo el que permitió a Héctor Silva ser, por un tiempo, el delfín del FMLN— hasta los acercamientos con el Partido de Conciliación Nacional, que siguieron a las elecciones de marzo de 2003 —que se abortaron no por principios, sino por la cuota de poder que este partido pidió (o que el FMLN estaba dispuesto a compartir), si ganaba las elecciones presidenciales del próximo año.

Las relaciones del FMLN con otros actores sociopolíticos han variado en la postguerra, aunque se mantienen ciertos esquemas de afinidad y oposición, formalmente semejantes a los de la década de los años ochenta. En el interior del país, las afinidades del FMLN se decantan, en primer lugar, hacia el movimiento social, sobre todo cuando cuestiona —con movilizaciones de calle o huelgas— la privatización, los tratados de libre comercio o, más en general, el neoliberalismo⁷². En segundo lugar, hay una fuerte afinidad con grupos de estudiantes organizados de la Universidad de El Salvador, que suelen apoyar de manera incondicional la causa del FMLN, siempre y cuando ésta apunte a algo más que a consolidar el proceso de democratización. En esos casos, afinidad no significa subordinación, ni ausencia de tensiones o diferencias, sino proximidad de compromiso y, hasta cierto punto, coincidencia de metas. En tercer lugar, están las comu-

70. Comisión Política del FMLN, “Carta a la nación”, *La Prensa Gráfica*, 17 de junio de 2003.

71. *Ibid.*

72. Recién terminadas de escribir estas líneas, el FMLN y un conjunto de organizaciones de la sociedad civil hicieron público el comunicado “Alianza político social por el cambio”, en uno de cuyos párrafos se lee lo siguiente: “afirmamos que la integración de los sectores sociales es un esfuerzo para llegar a un entendimiento político y social con el FMLN, este esfuerzo está encaminado a luchar por un cambio de gobierno que logra sacar al país de la crisis económica, combatir la pobreza y establecer un verdadero Estado Social y Democrático de derecho”. Y más adelante, “esta Alianza se caracteriza por una relación horizontal, sin subordinación, en la que se reconoce y respeta la identidad de cada uno”. “Alianza político social por el cambio”, *La Prensa Gráfica*, 26 de septiembre de 2003.

nidades campesinas —sobre todo las de Chalatenango, Morazán y Usulután—, las cuales acompañaron al FMLN durante la guerra. Entre muchos miembros de estas comunidades hay conciencia de que el FMLN es un partido competitivo y que ellos cuentan como electores, no como miembros orgánicos del mismo, pero pese a ello, lo consideran “su” partido, es decir, la instancia política que representa sus intereses. En cuarto lugar, están algunos sectores de la clase media urbana, en los cuales el FMLN ha encontrado un importante apoyo electoral, desde que se volvió partido político. A esta clase media pertenecen grupos de profesionales, religiosos, religiosas e intelectuales —algunas de cuyas voces se expresan en el *Diario Colatino*, por ejemplo— los cuales, sin dejar de ser críticos con el proyecto, no pierden de vista que el esquema neoliberal de ARENA ha profundizado la brecha entre ricos y pobres y, a su vez, ha empobrecido a la clase media. Otras afinidades del FMLN son menos firmes o claras. Su relación con el Centro Democrático Unido es ambigua, pese a la cercanía de trayectoria e ideología.

Hacia el exterior, el FMLN se siente afín a los gobiernos de Castro y Chávez. Aunque con menos emotividad, también se siente afín con el gobierno de Lula Da Silva. Una vez desaparecida la Unión Soviética y, con ella, el bloque del este, apenas quedan China y Corea del Norte, además de Cuba, como referentes importantes de “socialismo real”. Sin embargo, ni Corea del Norte, ni China figuran en el discurso cotidiano de los dirigentes, no así en el de algunos de sus miembros más radicales quienes, eventualmente, además de reconocer a Corea del Norte, alguna vez han rendido tributo a los talibán o a Osama bin Laden. Pero se trata de simpatías difusas y esporádicas, no de una línea de acción sostenida, al contrario de la que los dirigentes del FMLN mantienen hacia Chávez y Castro. Las relaciones con gobiernos o instituciones socialdemócratas europeos eran más nítidas durante la guerra, sobre todo porque la socialdemocracia europea, en general, apuesta por el neoliberalismo y sus gobiernos se han plegado al llamado “Consenso de Washington”.

Con los “enemigos” o adversarios, las distancias también han variado bastante. Los enemigos internos de antes, ahora son “rivales”. Con ARENA, desde 1992, su principal rival político mantiene una competencia electoral muy cerrada. Ambos se descalifican mutuamente, niegan la identidad del otro, pero sin poner en peligro la integridad física. Al contrario, el FMLN ha aprendido a convivir con ARENA, en la cotidianidad de la política salvadoreña. Así, sus dirigentes —los temibles ex comandantes— departen incluso en el plano personal sin mayores dificultades. En segundo lugar, el Partido de Conciliación Nacional, que en los setenta fue uno de los principales enemigos políticos de la izquierda armada y que en los años ochenta siempre se despreció como partido “reaccionario”, en los noventa es un rival político más, con el cual no se descartan las alianzas, ni las posturas conjuntas contra ARENA. En tercer lugar, el Partido Demócrata Cristiano —uno de los principales enemigos en los ochenta—, ahora lo considera un rival político casi de la misma naturaleza que el Partido de Conciliación Nacional. Hay diferencias, pero negocia y pacta con él para debilitar a ARENA. La animosidad contra la derecha mediática es mayor o menor, dependiendo del medio y del trato que dé al proyecto de izquierda. La antipatía mutua que se profesan *El Diario de Hoy* y el FMLN es parte de la historia reciente⁷³. De *La Prensa Gráfica*, el FMLN recela. No se lleva bien con la *Telecorporación Salvadoreña*, sobre todo cuando sus emisoras hacen eco de los intereses de ARENA y se prestan a la manipulación de la opinión pública, que muchas veces incluye dosis significativas de desinformación y amarillismo para favorecer los intereses del gobierno. Por su moderación y su profesionalismo, el *Canal 12* es una excepción, al igual que las radios comunitarias. La animadversión del FMLN hacia la gran empresa privada y sus gremiales lejos de disminuir, ha aumentado. Obviamente, ya no se trata de rechazar a la empresa privada en general, sino a aquella que no respeta las leyes, que no acepta pagar los impuestos que le corresponden y que cree que el Estado debe estar en función de sus intereses y no del bien común.

73. Un ataque típico de *El Diario de Hoy* contra el FMLN es el que aparece en la edición del 26 de septiembre de 2003. “FMLN afina Plan de agitación”, dice el titular de portada. Y en la segunda página se presentan las “pruebas”, las cuales apenas demuestran que el FMLN, al igual que otros sectores sociales, rechaza la privatización de la salud y la forma cómo los gobiernos de ARENA han conducido al país, en los últimos quince años.

De cara a los "enemigos externos" también hay novedades. La relación con el gobierno de Estados Unidos es ambigua y no exenta de tensiones; sin embargo, ello no impide que el FMLN intente ganar simpatías en Washington. El apoyo del gobierno español al de Flores no deja de incomodar al FMLN, pero sin llegar al extremo del ataque abierto. Sus relaciones con los otros gobiernos centroamericanos, afines a ARENA, son distantes. Lo mismo que sus relaciones con los otros aliados o "amigos" del gobierno de ARENA —México, Canadá, Francia, Alemania o Inglaterra.

5. Reflexión final

Desde 1992, la apelación a los supuestos ideológicos que sustentaron tanto a ARENA como al FMLN, en sus orígenes y en buena parte de su historia, comenzó a ser más difusa y esporádica. Más aún, cuando apelaron a esos supuestos ideológicos, surgieron las inconsistencias con los compromisos y las prácticas de las cúpulas de los dos partidos. En el pasado, una ideología política sólida y bien definida marcó con claridad las pautas de acción de ambos, de modo que era relativamente fácil determinar la "infidelidad" a los preceptos doctrinarios básicos. En los noventa, la identidad ideológica debilitada ya no pudo orientar la práctica de la militancia, ni fue útil para determinar su "fidelidad" o "infidelidad" a su proyecto político. En cambio, sí fue muy útil para moderar y hacer más pragmáticos el discurso y la práctica. Sólo así pudieron negociar el fin de la guerra y aceptar las reglas básicas de la competencia electoral.

El FMLN y ARENA, cada partido según su especificidad, han transitado de un discurso ideológico bastante bien definido y de una práctica consecuente, a otro débil y a una práctica pragmática, consistente con ese debilitamiento ideológico. No es que estos hayan asumido otra ideología o que hayan renunciado a la que los identificó, en sus orígenes. Las ideologías aún se conservan pero, por lo general, como trasfondo vago y ambiguo, que dice poco del ejercicio político cotidiano.

La campaña anticomunista de la derecha y la propensión de ciertas figuras del FMLN a insistir en su compromiso con el socialismo, parecieran indicar que —al contrario de lo sostenido en este ensayo— la ideología sigue pesando en el quehacer de ambos institutos políticos. Pero la ideologización de la discusión sociopolítica de los últimos meses, lejos de refutar la hipótesis del giro

pragmático, más bien la refuerza. En efecto, ARENA usa la prédica anticomunista como parte de su propaganda para debilitar el ascenso electoral del FMLN. El plan "mano dura" es también parte de esa misma estrategia, sólo que su objetivo es granjearse simpatías electorales entre los sectores medios y populares. En ningún momento, el anticomunismo profesado ha llevado a las prácticas del pasado. Es un anticomunismo discursivo, sin implicaciones prácticas. Por el lado del FMLN, la fidelidad al socialismo y al comunismo, cuando sale a relucir, tiene fines publicitarios para confirmar a los convencidos. En sus posturas más razonadas, el FMLN es más realista y pragmático. Y si la convivencia cotidiana entre los diputados de ambos partidos es tensa (e incluso agresiva), más que a diferencias ideológicas, se debe al temor de los de ARENA a perder el control del poder ejecutivo.

El ablandamiento ha tenido consecuencias negativas y positivas no sólo para los partidos afectados, sino para los otros partidos políticos y para la sociedad. Visto por el lado positivo, tanto el FMLN como ARENA, por lo general y salvo exabruptos esporádicos, no han apelado a la ideología para relacionarse entre sí y se han abierto a nuevas experiencias políticas y a la promoción de nuevos liderazgos. Sobre esto último hay que decir que estos cambios no han sido definitivos, ni han estado exentos de tensiones y rupturas internas. Hay quienes han reclamado por la falta de profundidad, mientras que otros que se han opuesto a ellos, por considerarlos una traición a los principios. Pocos han estado conformes con lo logrado en cuanto a la democratización interna, la promoción de liderazgos y la transparencia, en el manejo de las instituciones partidarias. Como saldo negativo, estos debates internos han dejado —a la vez que han sido expresión de— la pérdida de la cohesión, el debilitamiento de la identidad partidaria, la proliferación de tráfugas y arribistas, la formación de facciones y la pérdida de sentido de lo que significa ser miembro de esos partidos.

En segundo lugar, positivamente, los otros partidos han tenido la oportunidad de ser tomados en cuenta, en los planes políticos de ARENA y el FMLN. Los partidos de Conciliación Nacional, Demócrata Cristiano y ahora el Centro Democrático Unido han sido (y son) objeto de halagos y ofertas para conformar bloques políticos, lo cual les abre la posibilidad para incidir en el quehacer del FMLN y ARENA. Lo negativo es que estos acercamientos

nidades campesinas —sobre todo las de Chalatenango, Morazán y Usulután—, las cuales acompañaron al FMLN durante la guerra. Entre muchos miembros de estas comunidades hay conciencia de que el FMLN es un partido competitivo y que ellos cuentan como electores, no como miembros orgánicos del mismo, pero pese a ello, lo consideran “su” partido, es decir, la instancia política que representa sus intereses. En cuarto lugar, están algunos sectores de la clase media urbana, en los cuales el FMLN ha encontrado un importante apoyo electoral, desde que se volvió partido político. A esta clase media pertenecen grupos de profesionales, religiosos, religiosas e intelectuales —algunas de cuyas voces se expresan en el *Diario Colatino*, por ejemplo— los cuales, sin dejar de ser críticos con el proyecto, no pierden de vista que el esquema neoliberal de ARENA ha profundizado la brecha entre ricos y pobres y, a su vez, ha empobrecido a la clase media. Otras afinidades del FMLN son menos firmes o claras. Su relación con el Centro Democrático Unido es ambigua, pese a la cercanía de trayectoria e ideología.

Hacia el exterior, el FMLN se siente afín a los gobiernos de Castro y Chávez. Aunque con menos emotividad, también se siente afín con el gobierno de Lula Da Silva. Una vez desaparecida la Unión Soviética y, con ella, el bloque del este, apenas quedan China y Corea del Norte, además de Cuba, como referentes importantes de “socialismo real”. Sin embargo, ni Corea del Norte, ni China figuran en el discurso cotidiano de los dirigentes, no así en el de algunos de sus miembros más radicales quienes, eventualmente, además de reconocer a Corea del Norte, alguna vez han rendido tributo a los talibanes o a Osama bin Laden. Pero se trata de simpatías difusas y esporádicas, no de una línea de acción sostenida, al contrario de la que los dirigentes del FMLN mantienen hacia Chávez y Castro. Las relaciones con gobiernos o instituciones socialdemócratas europeos eran más nítidas durante la guerra, sobre todo porque la socialdemocracia europea, en general, apuesta por el neoliberalismo y sus gobiernos se han plegado al llamado “Consenso de Washington”.

Con los “enemigos” o adversarios, las distancias también han variado bastante. Los enemigos internos de antes, ahora son “rivales”. Con ARENA, desde 1992, su principal rival político mantiene una competencia electoral muy cerrada. Ambos se descalifican mutuamente, niegan la identidad del otro, pero sin poner en peligro la integridad física. Al contrario, el FMLN ha aprendido a convivir con ARENA, en la cotidianidad de la política salvadoreña. Así, sus dirigentes —los temibles ex comandantes— departen incluso en el plano personal sin mayores dificultades. En segundo lugar, el Partido de Conciliación Nacional, que en los setenta fue uno de los principales enemigos políticos de la izquierda armada y que en los años ochenta siempre se despreció como partido “reaccionario”, en los noventa es un rival político más, con el cual no se descartan las alianzas, ni las posturas conjuntas contra ARENA. En tercer lugar, el Partido Demócrata Cristiano —uno de los principales enemigos en los ochenta—, ahora lo considera un rival político casi de la misma naturaleza que el Partido de Conciliación Nacional. Hay diferencias, pero negocia y pacta con él para debilitar a ARENA. La animosidad contra la derecha mediática es mayor o menor, dependiendo del medio y del trato que dé al proyecto de izquierda. La antipatía mutua que se profesan *El Diario de Hoy* y el FMLN es parte de la historia reciente⁷³. De *La Prensa Gráfica*, el FMLN recela. No se lleva bien con la *Telecorporación Salvadoreña*, sobre todo cuando sus emisoras hacen eco de los intereses de ARENA y se prestan a la manipulación de la opinión pública, que muchas veces incluye dosis significativas de desinformación y amarillismo para favorecer los intereses del gobierno. Por su moderación y su profesionalismo, el *Canal 12* es una excepción, al igual que las radios comunitarias. La animadversión del FMLN hacia la gran empresa privada y sus gremiales lejos de disminuir, ha aumentado. Obviamente, ya no se trata de rechazar a la empresa privada en general, sino a aquella que no respeta las leyes, que no acepta pagar los impuestos que le corresponden y que cree que el Estado debe estar en función de sus intereses y no del bien común.

73. Un ataque típico de *El Diario de Hoy* contra el FMLN es el que aparece en la edición del 26 de septiembre de 2003. “FMLN afina Plan de agitación”, dice el titular de portada. Y en la segunda página se presentan las “pruebas”, las cuales apenas demuestran que el FMLN, al igual que otros sectores sociales, rechaza la privatización de la salud y la forma cómo los gobiernos de ARENA han conducido al país, en los últimos quince años.

De cara a los “enemigos externos” también hay novedades. La relación con el gobierno de Estados Unidos es ambigua y no exenta de tensiones; sin embargo, ello no impide que el FMLN intente ganar simpatías en Washington. El apoyo del gobierno español al de Flores no deja de incomodar al FMLN, pero sin llegar al extremo del ataque abierto. Sus relaciones con los otros gobiernos centroamericanos, afines a ARENA, son distantes. Lo mismo que sus relaciones con los otros aliados o “amigos” del gobierno de ARENA —México, Canadá, Francia, Alemania o Inglaterra.

5. Reflexión final

Desde 1992, la apelación a los supuestos ideológicos que sustentaron tanto a ARENA como al FMLN, en sus orígenes y en buena parte de su historia, comenzó a ser más difusa y esporádica. Más aún, cuando apelaron a esos supuestos ideológicos, surgieron las inconsistencias con los compromisos y las prácticas de las cúpulas de los dos partidos. En el pasado, una ideología política sólida y bien definida marcó con claridad las pautas de acción de ambos, de modo que era relativamente fácil determinar la “infidelidad” a los preceptos doctrinarios básicos. En los noventa, la identidad ideológica debilitada ya no pudo orientar la práctica de la militancia, ni fue útil para determinar su “fidelidad” o “infidelidad” a su proyecto político. En cambio, sí fue muy útil para moderar y hacer más pragmáticos el discurso y la práctica. Sólo así pudieron negociar el fin de la guerra y aceptar las reglas básicas de la competencia electoral.

El FMLN y ARENA, cada partido según su especificidad, han transitado de un discurso ideológico bastante bien definido y de una práctica consecuente, a otro débil y a una práctica pragmática, consistente con ese debilitamiento ideológico. No es que estos hayan asumido otra ideología o que hayan renunciado a la que los identificó, en sus orígenes. Las ideologías aún se conservan pero, por lo general, como trasfondo vago y ambiguo, que dice poco del ejercicio político cotidiano.

La campaña anticomunista de la derecha y la propensión de ciertas figuras del FMLN a insistir en su compromiso con el socialismo, parecieran indicar que —al contrario de lo sostenido en este ensayo— la ideología sigue pesando en el quehacer de ambos institutos políticos. Pero la ideologización de la discusión sociopolítica de los últimos meses, lejos de refutar la hipótesis del giro

pragmático, más bien la refuerza. En efecto, ARENA usa la prédica anticomunista como parte de su propaganda para debilitar el ascenso electoral del FMLN. El plan “mano dura” es también parte de esa misma estrategia, sólo que su objetivo es granjearse simpatías electorales entre los sectores medios y populares. En ningún momento, el anticomunismo profesado ha llevado a las prácticas del pasado. Es un anticomunismo discursivo, sin implicaciones prácticas. Por el lado del FMLN, la fidelidad al socialismo y al comunismo, cuando sale a relucir, tiene fines publicitarios para confirmar a los convencidos. En sus posturas más razonadas, el FMLN es más realista y pragmático. Y si la convivencia cotidiana entre los diputados de ambos partidos es tensa (e incluso agresiva), más que a diferencias ideológicas, se debe al temor de los de ARENA a perder el control del poder ejecutivo.

El ablandamiento ha tenido consecuencias negativas y positivas no sólo para los partidos afectados, sino para los otros partidos políticos y para la sociedad. Visto por el lado positivo, tanto el FMLN como ARENA, por lo general y salvo exabruptos esporádicos, no han apelado a la ideología para relacionarse entre sí y se han abierto a nuevas experiencias políticas y a la promoción de nuevos liderazgos. Sobre esto último hay que decir que estos cambios no han sido definitivos, ni han estado exentos de tensiones y rupturas internas. Hay quienes han reclamado por la falta de profundidad, mientras que otros que se han opuesto a ellos, por considerarlos una traición a los principios. Pocos han estado conformes con lo logrado en cuanto a la democratización interna, la promoción de liderazgos y la transparencia, en el manejo de las instituciones partidarias. Como saldo negativo, estos debates internos han dejado —a la vez que han sido expresión de— la pérdida de la cohesión, el debilitamiento de la identidad partidaria, la proliferación de tráfugas y arribistas, la formación de facciones y la pérdida de sentido de lo que significa ser miembro de esos partidos.

En segundo lugar, positivamente, los otros partidos han tenido la oportunidad de ser tomados en cuenta, en los planes políticos de ARENA y el FMLN. Los partidos de Conciliación Nacional, Demócrata Cristiano y ahora el Centro Democrático Unido han sido (y son) objeto de halagos y ofertas para conformar bloques políticos, lo cual les abre la posibilidad para incidir en el quehacer del FMLN y ARENA. Lo negativo es que estos acercamientos

idades campesinas —sobre todo las de Chalatenango, Morazán y Usulután—, las cuales acompañaron al FMLN durante la guerra. Entre muchos miembros de estas comunidades hay conciencia de que el FMLN es un partido competitivo y que ellos cuentan como electores, no como miembros orgánicos del mismo, pero pese a ello, lo consideran “su” partido, es decir, la instancia política que representa sus intereses. En cuarto lugar, están algunos sectores de la clase media urbana, en los cuales el FMLN ha encontrado un importante apoyo electoral, desde que se volvió partido político. A esta clase media pertenecen grupos de profesionales, religiosos, religiosas e intelectuales —algunas de cuyas voces se expresan en el *Diario Colatino*, por ejemplo— los cuales, sin dejar de ser críticos con el proyecto, no pierden de vista que el esquema neoliberal de ARENA ha profundizado la brecha entre ricos y pobres y, a su vez, ha empobrecido a la clase media. Otras afinidades del FMLN son menos firmes o claras. Su relación con el Centro Democrático Unido es ambigua, pese a la cercanía de trayectoria e ideología.

Hacia el exterior, el FMLN se siente afín a los gobiernos de Castro y Chávez. Aunque con menos emotividad, también se siente afín con el gobierno de Lula Da Silva. Una vez desaparecida la Unión Soviética y, con ella, el bloque del este, apenas quedan China y Corea del Norte, además de Cuba, como referentes importantes de “socialismo real”. Sin embargo, ni Corea del Norte, ni China figuran en el discurso cotidiano de los dirigentes, no así en el de algunos de sus miembros más radicales quienes, eventualmente, además de reconocer a Corea del Norte, alguna vez han rendido tributo a los talibanes o a Osama bin Laden. Pero se trata de simpatías difusas y esporádicas, no de una línea de acción sostenida, al contrario de la que los dirigentes del FMLN mantienen hacia Chávez y Castro. Las relaciones con gobiernos o instituciones socialdemócratas europeos eran más nítidas durante la guerra, sobre todo porque la socialdemocracia europea, en general, apuesta por el neoliberalismo y sus gobiernos se han plegado al llamado “Consenso de Washington”.

Con los “enemigos” o adversarios, las distancias también han variado bastante. Los enemigos internos de antes, ahora son “rivales”. Con ARENA, desde 1992, su principal rival político mantiene una competencia electoral muy cerrada. Ambos se descalifican mutuamente, niegan la identidad del otro, pero sin poner en peligro la integridad física. Al contrario, el FMLN ha aprendido a convivir con ARENA, en la cotidianidad de la política salvadoreña. Así, sus dirigentes —los terribles ex comandantes— departen incluso en el plano personal sin mayores dificultades. En segundo lugar, el Partido de Conciliación Nacional, que en los setenta fue uno de los principales enemigos políticos de la izquierda armada y que en los años ochenta siempre se despreció como partido “reaccionario”, en los noventa es un rival político más, con el cual no se descartan las alianzas, ni las posturas conjuntas contra ARENA. En tercer lugar, el Partido Demócrata Cristiano —uno de los principales enemigos en los ochenta—, ahora lo considera un rival político casi de la misma naturaleza que el Partido de Conciliación Nacional. Hay diferencias, pero negocia y pacta con él para debilitar a ARENA. La animosidad contra la derecha mediática es mayor o menor, dependiendo del medio y del trato que dé al proyecto de izquierda. La antipatía mutua que se profesan *El Diario de Hoy* y el FMLN es parte de la historia reciente⁷³. De *La Prensa Gráfica*, el FMLN recela. No se lleva bien con la *Telecorporación Salvadoreña*, sobre todo cuando sus emisoras hacen eco de los intereses de ARENA y se prestan a la manipulación de la opinión pública, que muchas veces incluye dosis significativas de desinformación y amarillismo para favorecer los intereses del gobierno. Por su moderación y su profesionalismo, el *Canal 12* es una excepción, al igual que las radios comunitarias. La animadversión del FMLN hacia la gran empresa privada y sus gremiales lejos de disminuir, ha aumentado. Obviamente, ya no se trata de rechazar a la empresa privada en general, sino a aquella que no respeta las leyes, que no acepta pagar los impuestos que le corresponden y que cree que el Estado debe estar en función de sus intereses y no del bien común.

73. Un ataque típico de *El Diario de Hoy* contra el FMLN es el que aparece en la edición del 26 de septiembre de 2003. “FMLN afina Plan de agitación”, dice el titular de portada. Y en la segunda página se presentan las “pruebas”, las cuales apenas demuestran que el FMLN, al igual que otros sectores sociales, rechaza la privatización de la salud y la forma cómo los gobiernos de ARENA han conducido al país, en los últimos quince años.

De cara a los "enemigos externos" también hay novedades. La relación con el gobierno de Estados Unidos es ambigua y no exenta de tensiones; sin embargo, ello no impide que el FMLN intente ganar simpatías en Washington. El apoyo del gobierno español al de Flores no deja de incomodar al FMLN, pero sin llegar al extremo del ataque abierto. Sus relaciones con los otros gobiernos centroamericanos, afines a ARENA, son distantes. Lo mismo que sus relaciones con los otros aliados o "amigos" del gobierno de ARENA —México, Canadá, Francia, Alemania o Inglaterra.

5. Reflexión final

Desde 1992, la apelación a los supuestos ideológicos que sustentaron tanto a ARENA como al FMLN, en sus orígenes y en buena parte de su historia, comenzó a ser más difusa y esporádica. Más aún, cuando apelaron a esos supuestos ideológicos, surgieron las inconsistencias con los compromisos y las prácticas de las cúpulas de los dos partidos. En el pasado, una ideología política sólida y bien definida marcó con claridad las pautas de acción de ambos, de modo que era relativamente fácil determinar la "infidelidad" a los preceptos doctrinarios básicos. En los noventa, la identidad ideológica debilitada ya no pudo orientar la práctica de la militancia, ni fue útil para determinar su "fidelidad" o "infidelidad" a su proyecto político. En cambio, sí fue muy útil para moderar y hacer más pragmáticos el discurso y la práctica. Sólo así pudieron negociar el fin de la guerra y aceptar las reglas básicas de la competencia electoral.

El FMLN y ARENA, cada partido según su especificidad, han transitado de un discurso ideológico bastante bien definido y de una práctica consecuente, a otro débil y a una práctica pragmática, consistente con ese debilitamiento ideológico. No es que estos hayan asumido otra ideología o que hayan renunciado a la que los identificó, en sus orígenes. Las ideologías aún se conservan pero, por lo general, como trasfondo vago y ambiguo, que dice poco del ejercicio político cotidiano.

La campaña anticomunista de la derecha y la propensión de ciertas figuras del FMLN a insistir en su compromiso con el socialismo, parecieran indicar que —al contrario de lo sostenido en este ensayo— la ideología sigue pesando en el quehacer de ambos institutos políticos. Pero la ideologización de la discusión sociopolítica de los últimos meses, lejos de refutar la hipótesis del giro

pragmático, más bien la refuerza. En efecto, ARENA usa la prédica anticomunista como parte de su propaganda para debilitar el ascenso electoral del FMLN. El plan "mano dura" es también parte de esa misma estrategia, sólo que su objetivo es granjearse simpatías electorales entre los sectores medios y populares. En ningún momento, el anticomunismo profesado ha llevado a las prácticas del pasado. Es un anticomunismo discursivo, sin implicaciones prácticas. Por el lado del FMLN, la fidelidad al socialismo y al comunismo, cuando sale a relucir, tiene fines publicitarios para confirmar a los convencidos. En sus posturas más razonadas, el FMLN es más realista y pragmático. Y si la convivencia cotidiana entre los diputados de ambos partidos es tensa (e incluso agresiva), más que a diferencias ideológicas, se debe al temor de los de ARENA a perder el control del poder ejecutivo.

El ablandamiento ha tenido consecuencias negativas y positivas no sólo para los partidos afectados, sino para los otros partidos políticos y para la sociedad. Visto por el lado positivo, tanto el FMLN como ARENA, por lo general y salvo exabruptos esporádicos, no han apelado a la ideología para relacionarse entre sí y se han abierto a nuevas experiencias políticas y a la promoción de nuevos liderazgos. Sobre esto último hay que decir que estos cambios no han sido definitivos, ni han estado exentos de tensiones y rupturas internas. Hay quienes han reclamado por la falta de profundidad, mientras que otros que se han opuesto a ellos, por considerarlos una traición a los principios. Pocos han estado conformes con lo logrado en cuanto a la democratización interna, la promoción de liderazgos y la transparencia, en el manejo de las instituciones partidarias. Como saldo negativo, estos debates internos han dejado —a la vez que han sido expresión de— la pérdida de la cohesión, el debilitamiento de la identidad partidaria, la proliferación de tráfugas y arribistas, la formación de facciones y la pérdida de sentido de lo que significa ser miembro de esos partidos.

En segundo lugar, positivamente, los otros partidos han tenido la oportunidad de ser tomados en cuenta, en los planes políticos de ARENA y el FMLN. Los partidos de Conciliación Nacional, Demócrata Cristiano y ahora el Centro Democrático Unido han sido (y son) objeto de halagos y ofertas para conformar bloques políticos, lo cual les abre la posibilidad para incidir en el quehacer del FMLN y ARENA. Lo negativo es que estos acercamientos

nidades campesinas —sobre todo las de Chalatenango, Morazán y Usulután—, las cuales acompañaron al FMLN durante la guerra. Entre muchos miembros de estas comunidades hay conciencia de que el FMLN es un partido competitivo y que ellos cuentan como electores, no como miembros orgánicos del mismo, pero pese a ello, lo consideran “su” partido, es decir, la instancia política que representa sus intereses. En cuarto lugar, están algunos sectores de la clase media urbana, en los cuales el FMLN ha encontrado un importante apoyo electoral, desde que se volvió partido político. A esta clase media pertenecen grupos de profesionales, religiosos, religiosas e intelectuales —algunas de cuyas voces se expresan en el *Diario Colatino*, por ejemplo— los cuales, sin dejar de ser críticos con el proyecto, no pierden de vista que el esquema neoliberal de ARENA ha profundizado la brecha entre ricos y pobres y, a su vez, ha empobrecido a la clase media. Otras afinidades del FMLN son menos firmes o claras. Su relación con el Centro Democrático Unido es ambigua, pese a la cercanía de trayectoria e ideología.

Hacia el exterior, el FMLN se siente afín a los gobiernos de Castro y Chávez. Aunque con menos emotividad, también se siente afín con el gobierno de Lula Da Silva. Una vez desaparecida la Unión Soviética y, con ella, el bloque del este, apenas quedan China y Corea del Norte, además de Cuba, como referentes importantes de “socialismo real”. Sin embargo, ni Corea del Norte, ni China figuran en el discurso cotidiano de los dirigentes, no así en el de algunos de sus miembros más radicales quienes, eventualmente, además de reconocer a Corea del Norte, alguna vez han rendido tributo a los taliban o a Osama bin Laden. Pero se trata de simpatías difusas y esporádicas, no de una línea de acción sostenida, al contrario de la que los dirigentes del FMLN mantienen hacia Chávez y Castro. Las relaciones con gobiernos o instituciones socialdemócratas europeos eran más nítidas durante la guerra, sobre todo porque la socialdemocracia europea, en general, apuesta por el neoliberalismo y sus gobiernos se han plegado al llamado “Consenso de Washington”.

Con los “enemigos” o adversarios, las distancias también han variado bastante. Los enemigos internos de antes, ahora son “rivales”. Con ARENA, desde 1992, su principal rival político mantiene una competencia electoral muy cerrada. Ambos se descalifican mutuamente, niegan la identidad del otro, pero sin poner en peligro la integridad física. Al contrario, el FMLN ha aprendido a convivir con ARENA, en la cotidianidad de la política salvadoreña. Así, sus dirigentes —los temibles ex comandantes— departen incluso en el plano personal sin mayores dificultades. En segundo lugar, el Partido de Conciliación Nacional, que en los setenta fue uno de los principales enemigos políticos de la izquierda armada y que en los años ochenta siempre se despreció como partido “reaccionario”, en los noventa es un rival político más, con el cual no se descartan las alianzas, ni las posturas conjuntas contra ARENA. En tercer lugar, el Partido Demócrata Cristiano —uno de los principales enemigos en los ochenta—, ahora lo considera un rival político casi de la misma naturaleza que el Partido de Conciliación Nacional. Hay diferencias, pero negocia y pacta con él para debilitar a ARENA. La animosidad contra la derecha mediática es mayor o menor, dependiendo del medio y del trato que dé al proyecto de izquierda. La antipatía mutua que se profesan *El Diario de Hoy* y el FMLN es parte de la historia reciente⁷³. De *La Prensa Gráfica*, el FMLN recela. No se lleva bien con la *Telecorporación Salvadoreña*, sobre todo cuando sus emisoras hacen eco de los intereses de ARENA y se prestan a la manipulación de la opinión pública, que muchas veces incluye dosis significativas de desinformación y amarillismo para favorecer los intereses del gobierno. Por su moderación y su profesionalismo, el *Canal 12* es una excepción, al igual que las radios comunitarias. La animadversión del FMLN hacia la gran empresa privada y sus gremiales lejos de disminuir, ha aumentado. Obviamente, ya no se trata de rechazar a la empresa privada en general, sino a aquella que no respeta las leyes, que no acepta pagar los impuestos que le corresponden y que cree que el Estado debe estar en función de sus intereses y no del bien común.

73. Un ataque típico de *El Diario de Hoy* contra el FMLN es el que aparece en la edición del 26 de septiembre de 2003. “FMLN afina Plan de agitación”, dice el titular de portada. Y en la segunda página se presentan las “pruebas”, las cuales apenas demuestran que el FMLN, al igual que otros sectores sociales, rechaza la privatización de la salud y la forma cómo los gobiernos de ARENA han conducido al país, en los últimos quince años.

De cara a los “enemigos externos” también hay novedades. La relación con el gobierno de Estados Unidos es ambigua y no exenta de tensiones; sin embargo, ello no impide que el FMLN intente ganar simpatías en Washington. El apoyo del gobierno español al de Flores no deja de incomodar al FMLN, pero sin llegar al extremo del ataque abierto. Sus relaciones con los otros gobiernos centroamericanos, afines a ARENA, son distantes. Lo mismo que sus relaciones con los otros aliados o “amigos” del gobierno de ARENA —México, Canadá, Francia, Alemania o Inglaterra.

5. Reflexión final

Desde 1992, la apelación a los supuestos ideológicos que sustentaron tanto a ARENA como al FMLN, en sus orígenes y en buena parte de su historia, comenzó a ser más difusa y esporádica. Más aún, cuando apelaron a esos supuestos ideológicos, surgieron las inconsistencias con los compromisos y las prácticas de las cúpulas de los dos partidos. En el pasado, una ideología política sólida y bien definida marcó con claridad las pautas de acción de ambos, de modo que era relativamente fácil determinar la “infidelidad” a los preceptos doctrinarios básicos. En los noventa, la identidad ideológica debilitada ya no pudo orientar la práctica de la militancia, ni fue útil para determinar su “fidelidad” o “infidelidad” a su proyecto político. En cambio, sí fue muy útil para moderar y hacer más pragmáticos el discurso y la práctica. Sólo así pudieron negociar el fin de la guerra y aceptar las reglas básicas de la competencia electoral.

El FMLN y ARENA, cada partido según su especificidad, han transitado de un discurso ideológico bastante bien definido y de una práctica consecuente, a otro débil y a una práctica pragmática, consistente con ese debilitamiento ideológico. No es que estos hayan asumido otra ideología o que hayan renunciado a la que los identificó, en sus orígenes. Las ideologías aún se conservan pero, por lo general, como trasfondo vago y ambiguo, que dice poco del ejercicio político cotidiano.

La campaña anticomunista de la derecha y la propensión de ciertas figuras del FMLN a insistir en su compromiso con el socialismo, parecieran indicar que —al contrario de lo sostenido en este ensayo— la ideología sigue pesando en el quehacer de ambos institutos políticos. Pero la ideologización de la discusión sociopolítica de los últimos meses, lejos de refutar la hipótesis del giro

pragmático, más bien la refuerza. En efecto, ARENA usa la prédica anticomunista como parte de su propaganda para debilitar el ascenso electoral del FMLN. El plan “mano dura” es también parte de esa misma estrategia, sólo que su objetivo es granjear simpatías electorales entre los sectores medios y populares. En ningún momento, el anticomunismo profesado ha llevado a las prácticas del pasado. Es un anticomunismo discursivo, sin implicaciones prácticas. Por el lado del FMLN, la fidelidad al socialismo y al comunismo, cuando sale a relucir, tiene fines publicitarios para confirmar a los convencidos. En sus posturas más razonadas, el FMLN es más realista y pragmático. Y si la convivencia cotidiana entre los diputados de ambos partidos es tensa (e incluso agresiva), más que a diferencias ideológicas, se debe al temor de los de ARENA a perder el control del poder ejecutivo.

El ablandamiento ha tenido consecuencias negativas y positivas no sólo para los partidos afectados, sino para los otros partidos políticos y para la sociedad. Visto por el lado positivo, tanto el FMLN como ARENA, por lo general y salvo exabruptos esporádicos, no han apelado a la ideología para relacionarse entre sí y se han abierto a nuevas experiencias políticas y a la promoción de nuevos liderazgos. Sobre esto último hay que decir que estos cambios no han sido definitivos, ni han estado exentos de tensiones y rupturas internas. Hay quienes han reclamado por la falta de profundidad, mientras que otros que se han opuesto a ellos, por considerarlos una traición a los principios. Pocos han estado conformes con lo logrado en cuanto a la democratización interna, la promoción de liderazgos y la transparencia, en el manejo de las instituciones partidarias. Como saldo negativo, estos debates internos han dejado —a la vez que han sido expresión de— la pérdida de la cohesión, el debilitamiento de la identidad partidaria, la proliferación de tráfugas y arribistas, la formación de facciones y la pérdida de sentido de lo que significa ser miembro de esos partidos.

En segundo lugar, positivamente, los otros partidos han tenido la oportunidad de ser tomados en cuenta, en los planes políticos de ARENA y el FMLN. Los partidos de Conciliación Nacional, Demócrata Cristiano y ahora el Centro Democrático Unido han sido (y son) objeto de halagos y ofertas para conformar bloques políticos, lo cual les abre la posibilidad para incidir en el quehacer del FMLN y ARENA. Lo negativo es que estos acercamientos

han dado pie al chantaje, a la manipulación, a los compadrazgos y a la corrupción, es decir, no se han traducido en un ejercicio político más eficiente, transparente y honesto. Asimismo, ese acercamiento ha estado condicionado por los intereses y la dinámica establecidos por ARENA y el FMLN. Cuando su relación se polariza, obligan a los otros a sumarse a ella; cuando su relación no está polarizada —lo cual ha ocurrido en incontables ocasiones—, los otros se contentan con sumarse a las decisiones de los grandes, sin poder establecer su propia identidad partidaria, lo cual haría que fueran vistos como algo distinto por la población.

Sin un proyecto y una identidad propias, el centro no ha podido, cuando ARENA y el FMLN han polarizado su relación, ser ese punto equidistante entre ambas extremas. Cuando ARENA y el FMLN se han acercado, la posición del centro se ha complicado, pues no ha podido desarrollar una propuesta que lo distinga con nitidez de los dos partidos cuyo extremismo no es fácil dilucidar, porque más que a razones ideológicas, obedece a desacuerdos económicos, políticos y sociales concretos, los cuales se revisten de ropaje ideológico. En estas confrontaciones lo que está en juego no son razones ideológicas, sino modos particulares de gestionar los recursos del país. Es decir, en un contexto político en el cual la polarización ideológica no es (ni ha sido) una constante, sino más bien algo coyuntural, el centro no ha contado con la oportunidad para mostrar una identidad definida. Si a esto se suma su poco arrastre electoral —que obedece a su escaso trabajo de base y a su débil arraigo en el imaginario colectivo—, el centro tiene pocas po-

sibilidades para convertirse en una alternativa política a ARENA y al FMLN.

Aunque es complicado hablar de “la” sociedad, porque sus sectores son diversos y complejos, cabe sospechar que a muchos salvadoreños les cuesta cada vez más determinar cuál es el proyecto político tanto de ARENA como del FMLN; así como también establecer con más claridad las diferencias entre uno y otro. Las identidades ideológicas difusas de ambos partidos impiden a los ciudadanos determinar qué es lo que cada uno de ellos ofrece, a diferencia de lo que ofrecen sus rivales. Ese “adelgazamiento” de las identidades ideológicas de ARENA y del FMLN ha salvado el país del fanatismo de otros tiempos, pero le ha quitado espesor y pasión al debate político. Y lo que es peor, cada vez más, los militantes de base saben menos sobre qué es lo que esperan en lo económico, lo social y lo político de ellos. Antes les exigieron entrega incondicional, a cambio de una sociedad más próspera y justa; pero ahora les piden movilizarse para conseguir votos, a cambio de nada. Hay indudables clivajes sociales y económicos, pero éstos cada vez se expresan menos, en los dos partidos más importantes y, en general, en el resto de partidos del sistema político nacional. Quizás eso explique, en parte, los altos niveles de abstencionismo, la desconfianza ciudadana, respecto a la política, y la ruptura entre una sociedad cuyas demandas son cada vez más crecientes y complejas y un sistema político incapaz de procesarlas y de darles una respuesta eficaz y oportuna.

San Salvador, 7 de octubre de 2003.